

ABRIL CAMINO

Travis y Emily:
El pasado imperfecto

Serie
Hermanos Sullivan
Volumen II

Abril Camino

Travis y Emily:
el pasado imperfecto

© Abril Camino

1ª edición, octubre 2015

ISBN: B015QNF8GG

Imagen de cubierta: Nathan O’Nions. *Licencia Creative Commons.*

Diseño de cubierta: Abril Camino

*A Mati
porque, aunque odia a los escritores, me quiere a mí.*

*La ciudad vista desde el puente de Queensboro es siempre la ciudad vista
por primera vez,
con esa salvaje promesa de encerrar todo el misterio y la belleza del
mundo.
El gran Gatsby, Francis Scott Fitzgerald.*

*El auténtico neoyorquino piensa, para sus adentros,
que la gente que vive en cualquier otro lugar tiene que estar, de alguna
manera, bromeando.
John Updike.*

*'Till I come into New York town
People going down to the ground
Buildings going up to the sky.
Talkin' New York, Bob Dylan.*

ÍNDICE

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[Epílogo](#)

I

Cuando las ruedas del avión tocaron con suavidad el asfalto de la pista de aterrizaje del aeropuerto internacional JFK de Nueva York, Travis sintió la vieja tensión de la expectativa. Las mismas sensaciones que solían embargarlo en los minutos previos a saltar al campo antes de un partido. Ilusión y nervios. Emoción y ansiedad. El habitual crujido de su rodilla derecha le recordó que el fútbol era ya historia para él. Como casi todo lo que le había parecido divertido cuando era joven. *Cuando era joven*. Hacía dos años que había dejado Nueva York para volver a Arizona, y tenía la sensación de haberse hecho viejo desde entonces. Había trabajado de sol a sol, al ritmo que su padre había marcado, y ni siquiera había buscado un lugar decente donde vivir. Pocas semanas antes de que él se instalara en Phoenix, su hermano Mark se había mudado al rancho que la familia poseía en las afueras de la ciudad, y Travis se limitó a ocupar su antiguo apartamento sobre el garaje. En el fondo de su alma, incluso sin ser consciente de ello, siempre había sabido que regresaría a Nueva York.

Sentado en el autobús que lo llevaba al sur de Manhattan, se sentía como un turista novato. Buscaba la silueta de los rascacielos sobre el East River, el sol dibujando el crepúsculo de aquella tarde de final de verano sobre las azoteas de Brooklyn, el ritmo frenético de la ciudad. Pero él no era un turista. Él había vivido cuatro años en Nueva York y no había vuelto a sentirse en casa en ningún otro lugar. Aquella ciudad aparentemente fría y despiadada era su lugar favorito en el mundo.

Pese a los dos años de ausencia, tardó segundos en trazar en su cabeza el recorrido que debía hacer en metro hasta el pequeño estudio que había alquilado en el SoHo[1], a pocas manzanas de Little Italy[2]. Su hermano Preston lo había elegido para él, teniendo en cuenta el exiguo presupuesto con el que contaba para los primeros meses. Su padre se había tomado su deserción con deportividad y le había ofrecido una asignación similar a la que aún le pasaba al más pequeño de los cuatro hermanos, Parker, pero él la había

rechazado. Quería comprobar si, viviendo como cualquier persona de su edad que empezaba en su primer empleo, conseguía sentir, al fin, que tenía veinticuatro años.

Encontró la llave sobre el marco de la puerta de entrada, donde Preston se la había dejado, lanzó sus bolsas de viaje a una esquina del salón-cocina-comedor-dormitorio, y se rio con ganas al ver la nota que le había escrito su hermano gemelo. Además de hacerle unas cuantas propuestas para las siguientes cuatro mil noches de sábado, lo informaba de que le había comprado dos packs de *Budweiser* y se los había metido en el frigorífico. A eso debía de referirse la leyenda urbana de que los gemelos se comunicaban de forma telepática. Una cerveza, en ese preciso instante, sentado en el sofá-cama de su nuevo apartamento, era la perfección.

Por desgracia, a Preston también se le había ocurrido concertar una *reunión fraternal*, según sus propias palabras, aprovechando que las fiestas de San Gennaro se celebraban en esos días en su barrio. Tras cinco horas de vuelo y con la perspectiva de tener que ubicar todas sus cosas en un apartamento que cabría en la parte de atrás de la camioneta que solía utilizar en Arizona, sus ganas de pasar la tarde bebiendo *chianti*^[3] y comiendo *cannoli*^[4] eran más bien escasas. La propuesta incluía también a Parker y a su novia Amy. Travis había conocido a Amy ese verano en el rancho familiar, donde habían coincidido todos durante una semana de vacaciones. Entre sus padres y la propia Amy habían conseguido convencer a Parker de que casarse ese mismo verano era una locura incluso para su nivel de impulsividad habitual. Pero Parker seguía siendo Parker, así que solo lograron retrasar el enlace un año. Ahora, tenían nueve meses por delante para organizar una boda. Un motivo más para alegrarse de haberse ido de Phoenix y mantenerse alejado de la locura de preparativos en la que ya había entrado su madre.

Travis podía estar agotado por el viaje desde Arizona y deseando echarse a dormir, pero no engañaría a nadie si dijera que no le apetecía ver a sus hermanos. Le encantaban los días, cada vez más escasos, en que se reunían todos. Mark seguía en el rancho, de donde parecía que nadie podría sacarlo jamás, pero los otros tres Sullivan iban a compartir vida en Nueva York. Quizá Preston tuviera razón, y la ocasión mereciera celebrarse.

Había echado de menos a Preston los dos últimos años. Jamás lo diría en alto y, por supuesto, preferiría cortarse la lengua que reconocerlo delante de

él. Adoraba a Mark y a Parker, pero la relación con su gemelo siempre había sido especial. Habían compartido amigos, deportes, locuras y también alguna novia. Al acabar la universidad, Preston había aceptado la oferta de un viejo amigo de su padre para trabajar con él durante dos años en Londres. Travis, en cambio, había sido más conservador y había regresado a Arizona. Había viajado a Londres cuatro veces en los dos últimos años para visitar a su hermano, y lo había visto muy integrado en aquella ciudad loca en que los coches circulaban por el lado contrario, se bebía té en lugar de café, y los reyes vivían en palacios. Pero Travis lo conocía lo suficiente como para saber que él tampoco podía vivir lejos de Nueva York. Los dos llevaban dos años sintiendo que se habían dejado un trozo de su alma en la Gran Manzana. En cuanto le surgió la oportunidad, a través de un viejo conocido de *Beta Theta Pi*, de disfrutar de una beca como profesor adjunto en la misma escuela de Leyes de Columbia en la que todos los hermanos habían estudiado, Preston no dudó en cruzar de nuevo el Atlántico e instalarse en la ciudad. Durante una enajenación mental transitoria, llegaron a pensar en compartir apartamento, pero llevaban demasiado tiempo luchando por diferenciarse el uno del otro como para caer ahora en ese error. Además, Preston se había convertido en una especie de moderno al estilo europeo y se había instalado en Brooklyn. A Travis, en cambio, no lo moverían de Manhattan ni los desorbitados precios de la vivienda, ni la incomodidad de convivir a diario con los turistas ni las más que probables plagas de ratas a las que se enfrentaría en su viejo edificio.

Cuando oyó el timbre de su portero automático, tiró al fregadero la bolsa de hielo que se había colocado un rato antes en la rodilla, y bajó las escaleras de tres en tres antes de recordar dos cosas: que la rodilla lo estaba matando y que un par de horas antes creía que no le apetecía demasiado ver a sus hermanos.

||

—Pero, ¿qué demonios te ha pasado, Preston? —Travis se rio con ganas de su hermano gemelo, que ya no lo parecía, con su pelo casi tan largo como el de Parker, su barba cuidadosamente desaliñada y unas gafas de montura de pasta negras.

—¡Tú también no, por Dios! ¿Crees que no he tenido suficiente con

Parker?

—Es que me está costando mucho decidir si me horroriza más el hermano pijo puro o el hermano pijo reconvertido en *híster* —se burló el menor de ellos.

—Al menos nosotros no nos dedicamos a tatuarnos hasta los dientes. —Travis entornó los ojos en dirección a su gemelo, con una interrogación llena de sospecha—. ¿No, Preston?

—No, joder. Eso sí que no. —Preston miró a su hermano pequeño y señaló el vendaje plástico que lucía en la parte interior de su antebrazo izquierdo—. ¿Otro?

Parker le respondió con una media sonrisa y un encogimiento de hombros, justo antes de protestar por que lo trataran como si aún tuviera doce años delante de su prometida.

—Perdona, Amy. Creo que ya intuiste este verano que no es agradable convivir con los hermanos Sullivan.

—Podría llegar a acostumbrarme a vosotros. Al fin y al cabo, me toca lidiar con el más rebelde, ¿no?

—Oh, sí, todo un dechado de rebeldía el pequeño Park. Creo que esa imagen quedó atrás cuando decidió casarse a los veintidós, por muchos tatuajes que se haga para disimularlo.

—Que os jodan a los dos —respondió Parker, aunque su sonrisa contradecía sus palabras—. ¿Cuándo empiezas en el trabajo?

—La semana que viene. Tengo tres días para acabar de instalarme, buscar gimnasio para la rehabilitación y emborracharme un par de veces como mínimo.

—¿Rehabilitación? ¿Sigues con problemas en la rodilla? —le preguntó Amy, ignorando los planes de los otros dos hermanos sobre esas prometidas borracheras.

—En teoría, ha mejorado con la operación. Pero llevo dos semanas sin ir al gimnasio, y ha empezado a dolerme de nuevo.

—En el gimnasio de Columbia hay descuentos para antiguos alumnos. Si quieres, me entero de cómo funciona y te paso la información —se ofreció Preston.

—Perfecto. Me queda más o menos cerca de la oficina.

—Si tu oficina está cerca de Columbia, lo que no entiendo es por qué has decidido vivir en el extremo opuesto de la ciudad.

—He rechazado el dinero de papá. Así que no me puedo pagar nada más arriba del SoHo.

—Yo pago en Harlem por un piso de dos habitaciones la mitad que tú por ese zulo —se burló Parker.

—No voy a vivir en Harlem. No te ofendas, Amy. —Su futura cuñada le sonrió, quitándole importancia al comentario con un gesto de su mano—. Y, antes de que digas nada, Preston, mucho menos voy a vivir en Brooklyn.

||

Brooklyn, Harlem o hasta el mismísimo Phoenix ya no le parecían tan mala opción a Travis cuando asumió que ni la cuarta parte de su impecable ropa de marca cabría en aquel piso. Iba barajando la opción de guardar algún par de zapatos en el horno, mientras cubría caminando el breve trayecto entre su despacho y el gimnasio del campus en el que Preston le había conseguido plaza. Se había pasado la noche del sábado bebiendo con su gemelo y bailando en un *rooftop* de la Quinta Avenida, en un plan del que Parker se descolgó a última hora para ir a ver el musical *Wicked* con Amy y su hija. ¡Cielo santo, el mundo estaba loco! El domingo había pagado las consecuencias de la noche anterior. Primero, tratando de echar de su apartamento, con la mayor elegancia que fue capaz de reunir, a la rubia siliconada bajo la cual había visto amanecer; y, después, aliviando con hielo e ibuprofeno el persistente dolor de su rodilla. La decisión de retomar los ejercicios de rehabilitación, había asumido al fin, respondía más a una necesidad que a un capricho.

Cuando llevaba menos de media hora en el banco de cuádriceps, ya sudaba como si acabara de dar veinte vueltas a las pistas de atletismo de su instituto. De hecho, pocos años antes, daba las vueltas que hicieran falta sin sudar como un pollo escaldado. Fue a echar mano de la botella de agua que, inteligentemente, había comprado en una de las máquinas de los vestuarios, cuando reparó en la chica que ocupaba el banco a la derecha del suyo.

Daba igual cuántos asaltos le hubiera proporcionado la rubia del sábado o cuánta intención tuviera Travis de portarse bien en esas primeras semanas de trabajo. Tendrían que haberle arrancado los ojos para no fijarse en aquella mujer. Vestida con unas mallas largas de licra negras, una simple camiseta blanca de tejido técnico y unas zapatillas de *running*, estaba tan concentrada

en sus ejercicios que Travis se podía permitir el lujo de mirar sin disimulo. Pese al esfuerzo que se reflejaba en su ceño fruncido, la dulzura de su cara no podía pasar desapercibida a nadie que la mirara. Llevaba el pelo rubio —y que Travis apostaría a que era natural, para variar— recogido en un moño alto, y unos enormes ojos marrones no apartaban la vista de la punta de sus zapatillas. Cuando Travis acabó de beber, volvió a su rutina y decidió que trabajaría más suave solo para prolongar su estancia en el gimnasio y esperar a que ella se levantara. No pensaba desaprovechar la oportunidad de disfrutar de ese culo enfundado en unas mallas brillantes como chocolate fundido. Igual de rico.

Una hora después, Travis había perdido toda la esperanza y casi toda la dignidad, forzando unos ejercicios que estaban a punto de costarle un ataque cardíaco. Se levantó exhausto, preguntándose de dónde sacaba aquella chica la resistencia. Seguro que había entrado en Columbia con alguna beca de deporte.

—Los primeros días siempre son más difíciles —le comentó la chica del culo perfecto (ya había decidido que no sería necesario verlo para juzgarlo), con voz dulce y sin atisbo de burla, cuando él pasó por su lado camino de los vestuarios—. Pronto cogerás la forma.

Travis se limitó a asentir. Maldita sea. Había quedado como un debilucho delante de una chica que no debía de tener ni siquiera edad legal para beber.

II

Emily se levantó del banco de ejercicios un par de minutos después de ver marcharse al chico cuyos gemelos la habían estado torturando la última hora y media. Por culpa de la posición de las máquinas en esa sala del gimnasio, no le había visto más que las piernas, excepto en el breve tiempo en que él se había levantado a beber y, si no se había vuelto loca, a observarla. Cuando lo hizo, y pudo ver a qué tipo de hombre pertenecían aquellos músculos cubiertos de piel tostada por el sol, estuvo a punto de perder el ritmo de su serie. El desconocido era alto, muy alto, y habría apostado el dinero del alquiler a que se había pasado la adolescencia como *quarterback* del instituto, rodeado de animadoras dispuestas. Era un estereotipo, sí, pero ese era el peaje que tendría que pagar en su mente por tener aquellos músculos definidos, dos ojos verdes como un billete de dólar y una sonrisa por la que, o Dios había sido extremadamente generoso con él, o sus padres habrían tenido que pagar una pequeña fortuna.

Odió el pequeño tirón que sintió en el estómago cuando lo vio alejarse. Odió no poder evitar dirigirse a él para comprobar si era real. Odió la situación de permanente *stand by* en la que había puesto su vida amorosa. Pero, sobre todo, se odió a sí misma por esperar a que se marchara para levantarse de aquel banco en el que, siendo sincera, había acabado los ejercicios un buen rato antes. Hacía ya muchos años que Emily había superado la vergüenza de que la gente la viera caminar apoyándose en un bastón —al fin y al cabo, bastante peor había sido la época del andador—, así que no entendía qué le había ocurrido con aquel extraño. O, peor aún, lo entendía demasiado bien.

||

—Llegas tarde. La cena está fría —alzó la voz desde la cocina Lisa, en cuanto Emily abrió la puerta del apartamento que compartían cerca del

campus.

—Lo siento. Me he distraído en el gimnasio —mintió, aunque solo en parte. En realidad, aquel desconocido la había *distraído* mucho.

—No pasa nada. ¿Qué tal vas con los ejercicios?

—Bien, pero sigo sin ver ningún progreso. Supongo que ha llegado el momento de asumir que esto es lo mejor a lo que puedo aspirar.

—Bueno, eso no lo sabes. Hace dos años parecía que nunca te ibas a deshacer de las muletas, y aquí estás, ¿no?

—Sí, supongo... ¿Ha llamado mi padre? —cambió de tema. El inquebrantable optimismo de Lisa no era la receta que necesitaba en ese momento.

—Sí. Que lo llames, ya sabes.

—¿Sigues preocupado?

—¿Quieres la verdad?

—Claro.

—Yo creo que está aterrorizado, Em. Lleva tantos años cuidando de ti que no se hace a la idea de que al fin eres independiente.

—Pobre... Se ha quedado muy solo en Boston. Se ha centrado tanto en mí en los últimos años que ni se ha planteado rehacer su vida. Y, ahora, yo me marcho, y él se queda solo.

—Emily, ya hemos hablado de esto mil veces. Tú tenías que buscar tu camino. Tu padre está feliz de que te puedas desenvolver por ti misma. Es más... es más de lo que nunca pensamos que podrías conseguir. —La voz de su amiga se quebró al recordar los peores años de sus vidas.

—Dame un beso, anda, llorona. ¿Vemos una peli?

||

Las esperanzas de Emily de no volver a encontrarse en el gimnasio con el chico de los gemelos tostados se diluyeron al día siguiente. Y al siguiente. Y todos los demás días del mes de octubre. Se diluyeron hasta el punto de que aquellas esperanzas iniciales cambiaron de bando y se centraron en cruzar los dedos para verlo cada día.

Sus médicos se habían mostrado más que satisfechos con los progresos de la musculatura de sus piernas en su último viaje a Boston para una de las revisiones rutinarias. Ni a ellos ni a su padre les explicó que su exceso de

ejercitación se debía a que seguía sin atreverse a salir del gimnasio antes de que lo hiciera su casi desconocido compañero de fatigas.

III

—Llevamos casi un mes compartiendo gimnasio. Me parece hasta de mala educación no presentarme. Me llamo Travis Sullivan —le dijo él una tarde lluviosa que parecía como todas las demás, pero que cambió de forma radical en el momento en que sus manos se tocaron.

—Yo soy Emily. Sí, tienes razón. Tengo curiosidad: ¿te pasas todo el día en el gimnasio o tenemos los mismos horarios de clase? —le preguntó con una sonrisa.

—No soy un estudiante exactamente —explicó él, frotándose la nuca con timidez—. Trabajo cerca de aquí. Vengo a este gimnasio como exalumno.

—Ah... Yo estudio en la facultad de Leyes. Los profesores nos tienen tan explotados que solo puedo aprovechar la última hora de la tarde para venir. ¿En qué trabajas?

—Soy abogado en un bufete. Acabo de incorporarme —respondió Travis. Seguro que uno de esos profesores que atormentaban a Emily era el gilipollas de Preston.

—Estudiaste en Columbia, ¿entonces?

—Sí, y trabajé un par de años con mi padre antes de decidirme a volver a Nueva York. Tengo veinticuatro. Bueno, casi veinticinco —aclaró, imaginando que ella estaría haciendo cálculos mentales sobre su edad.

—Yo, veintiuno. ¿De dónde eres?

—De Colorado —mintió. El jodido Preston era el único de los hermanos con un marcado acento de Arizona, que no solo no había perdido durante su estancia en Londres, sino que incluso había enfatizado. No pensaba añadir su lugar de origen a la nómina de indicios que podían hacer que ella lo identificara con el que, seguro, era su profesor más odioso. Ya era suficiente con el parecido físico y el apellido, aunque este, por suerte, era bastante común. Quería conocer mejor a aquella chica y no pensaba permitir que su hermano arruinara sus planes—. ¿Y tú?

—De Boston. Es mi primer año aquí.

—¿Te gusta? —Travis lo preguntó con la esperanza de que ella disfrutara de la ciudad tanto como él. No entendía qué diablos le estaba pasando; era la primera vez que hablaba con aquella chica, y le preocupaba que a ella le gustaran las mismas cosas que a él. Era una locura.

—¿Bromeas? ¡Es Nueva York!

Travis sonrió, y Emily se alegró de que su bastón metálico quedara bien disimulado entre la estructura de las máquinas de musculación.

||

Las conversaciones en el gimnasio se prolongaron durante semanas. Sin querer reconocerlo ni siquiera ante sí mismos, ambos esperaban ansiosos el final del día para encontrarse en el banco de ejercicios. Algunos días, apenas hablaban, absortos en sus rutinas físicas, pero se sentían bien sabiendo que el otro estaba a su lado. Cuando Travis descubrió que Emily iba al gimnasio también los sábados y los domingos, encontró una excusa para ejercitarse también en fin de semana.

Travis le ayudaba a resolver algunas dudas sobre sus asignaturas. Emily le hablaba con pasión sobre Boston y sus viajes con su padre por Nueva Inglaterra. Travis se desahogaba con ella cuando el estrés de su nuevo trabajo parecía engullirlo. Emily le contaba pequeños detalles sobre los rincones de la ciudad que iba descubriendo. Envueltos en la mágica intimidad que habían creado, se les escapó el mes de noviembre, y solo las rodillas de ambos fueron conscientes de que el frío ya había llegado a Nueva York y de que las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina.

||

Con el nuevo año, Travis, sin pararse siquiera a pensar en el motivo, reunió el valor que necesitaba para pedirle una cita a Emily. Llevaba saliendo con chicas desde los trece y jamás había titubeado a la hora de hablar claro. Nadie que lo conociera de verdad podría acusarlo de tímido. Sin embargo, ahora era un mar de dudas. Quizá el motivo fuera que nunca le había importado recibir una negativa. Y, ahora, prefería ni pensar en ello.

—Emily, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¡Claro! Dime.

—¿Te gustaría salir conmigo alguna noche?

—¿Me... me estás pidiendo una cita? —A Travis le sorprendió ver a Emily, siempre tan extrovertida, sonrojarse hasta las mismas raíces del cuero cabelludo. No lo entendía; era una belleza impresionante, debía de haber tenido miles de citas.

—Sí. ¿Te apetece?

—Lo siento. No... no puedo.

—¿Tienes novio o algo así?

—¿Tan irresistible te crees que solo puedo rechazarte si hay otro hombre? —respondió Emily, con una sonrisa burlona por fuera y una actitud defensiva por dentro.

—¿Lo tienes? —volvió a preguntar Travis, entrecerrando los ojos.

—No.

—¿Entonces?

—Deja que me lo piense un par de días.

—Un par. Ni uno más —zanjó Travis con una sonrisa, antes de marcharse al vestuario y dejar a Emily con un millón de mariposas en el estómago y dos millones de fantasmas en la cabeza.

||

—He conocido a alguien —le espetó Emily a Lisa en cuanto acabaron de cenar.

—¿Un tío? —preguntó Lisa, levantando una ceja. Ni todos los gestos faciales de este mundo habrían podido reflejar la sorpresa que sentía.

—Un tío. *El* tío. El tío más bueno de todo el planeta Tierra.

—Bueno, bueno... Para el carro, bonita. ¿No crees que quizá deberías probar con uno normalito para empezar?

—¿Crees que lo he elegido yo? Si de mí dependiera, sería feo y desagradable.

—Un gusto impecable para los hombres, sí. —Se burló Lisa—. Y, dime, si no lo has elegido tú, ¿cómo ha sido? ¿Ha caído del cielo a tus pies?

—Algo así. Es Travis. Llevo meses compartiendo gimnasio con él.

—¿Travis? ¿El Travis del que me has hablado y por el que siempre llegas tarde a casa?

—Ese mismo.

—¿Me estás diciendo que llevas tres meses sin mencionar que ese Travis es una especie de dios griego?

—Más o menos.

—¿Y que llevas tres meses sin mencionar que te has colado por él?

—Más o menos.

—Un momento... —Lisa levantó su dedo índice—. ¿Y por qué me lo comentas hoy?

—Porque... bueno... él... me ha pedido que salgamos juntos.

—¡Aaaah! —El chillido de Lisa fue tan agudo que debería haber sido percibido solo por algunos animales. Pero no. Toda la mitad norte de la isla de Manhattan tenía que haberla oído—. ¿Y qué le has dicho?

—Que me lo tenía que pensar.

—Pero, ¿por qué? Te gusta, le gustas, te ha pedido una cita. No veo que haya nada que pensarse.

—Lisa... No te enfades, ¿vale?

—¿Qué has hecho? —Emily vio cómo su mejor amiga entornaba los ojos en un gesto de sospecha.

—He evitado que me viera caminar. Estoy en el gimnasio todos los días antes que él y me marcho cuando ya se ha ido. No sabe nada.

—No me lo puedo creer. ¿Esos miedos a estas alturas, Em?

—Ya lo sé. No... no me preguntes el porqué. No lo hice al principio y, después... ya me gustaba demasiado, y tenía miedo a que me rechazara.

—Tú eres tonta. —Le sonrió—. ¿Tú quieres salir con él?

—No lo sé, Lis... Nunca he tenido una cita, estoy aterrorizada.

—Bueno, ya sabes que no soy la más indicada para dar consejo sobre citas. —Emily sonrió a su mejor amiga, a su hermana del alma, a la que la había acompañado a Nueva York desde Boston. Solo Emily conocía su secreto, el motivo por el cual jamás había querido salir con ningún chico—. Pero creo que deberías decirle que sí.

—¿Cuántas veces te he dicho yo a ti que deberías salir con un chico, y me has ignorado?

—Emily. Yo no quiero salir con chicos. Tú, sí. Esa es la diferencia. Tú quieres, pero tienes miedo. Y es normal que lo tengas, cariño, es lo más normal del mundo. Pero eres preciosa, y, si él es un buen chico y le gustas de verdad, le dará igual que seas una lisiada.

Se sonrieron. Hacía ya mucho tiempo que Emily hablaba con naturalidad sobre su accidente con cualquiera, mucho más con Lisa. Al principio, a su amiga le horrorizaba que Emily bromeara con su estado, pero pronto se convirtió ella misma en la principal impulsora de aquel humor negro que nadie alcanzaba a comprender del todo.

Emily se había pasado los primeros años de su adolescencia recluida, entre hospitales y su propia casa, hundida en la perspectiva de no volver a caminar jamás. Pero desde que sus médicos y fisioterapeutas habían conseguido avances, había soltado todo el lastre y vivía con un optimismo que hacía sonreír a todos los que la querían. Solo había un tema que Emily mantenía en el más recóndito rincón de su actitud: sus relaciones con los hombres. Su vida se había saltado la fase de los primeros besos, de las citas, de los roces casuales y los asientos traseros de las camionetas. Pero ella quería enamorarse, siempre lo había deseado. Ahora ya no sabía si seguía queriendo enamorarse o si lo había hecho ya.

||

—Hoy es tu fecha límite, Emily —la apuró Travis en cuanto se la encontró esa tarde sentada en su banco de ejercicios habitual.

—¿Fecha límite? —Era obvio, para ella misma y para Travis, que Emily se estaba haciendo la tonta.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. ¿Saldrás conmigo o no? —preguntó él, aparentando mucha más indiferencia de la que sentía.

—Es posible —le respondió con una sonrisa.

—¿Es posible?

—Travis, tengo que decirte algo serio... Sí, saldré contigo, pero —alzó la voz para interrumpir lo que él fuera a decirle— con una condición. Propón un día, hora y lugar, y yo estaré allí, pero si no te gusta lo que ves, no me des ninguna explicación. Seguiremos viéndonos aquí, seguiremos siendo amigos... Pero no te quedes conmigo por las razones equivocadas.

—De acuerdo. Entendido —respondió él, aunque, en realidad, no había *entendido* nada.

||

Parker abrió la puerta de su apartamento del Boulevard Martin Luther King con una preciosa niña con la piel del color del café con leche y dos enormes ojos azules subida a sus hombros. Travis se quedó un poco impactado al ver a su hermano pequeño en esa actitud tan paternal.

—Hola, me llamo Katie. ¿Tú eres el hermano de Parker?

—Hola, Katie —saludó Travis, mientras Parker la bajaba al suelo. Palmeó el hombro de su hermano y se agachó a saludar a la que pronto se convertiría en algo así como su sobrina—. Yo soy Travis.

—Mamáaaaa... —gritó la niña—. Está aquí el hermano de Parker.

—¿Mamá? —le susurró Travis a su hermano. Hacía unos meses que Parker había puesto a toda la familia Sullivan al corriente de las circunstancias de la vida de Amy.

—Un buen día, sin que llegáramos a explicarle nada, la empezó a llamar así —dijo Parker, con una sonrisa de orgullo pintada en la cara—. Es demasiado lista, me da pavor.

—¿Pavor a que acabe llamándote *papá*? —se burló Travis. No se podía creer que el tipo al que tenía delante hubiera dado tantos quebraderos de cabeza a sus padres hasta hacía menos de un año.

—No sería lo peor que me podría pasar —le respondió Parker, mesándose con timidez el pelo.

—¡Joder! Lo próximo será que te tatúes a Bob Esponja.

Aún se estaban riendo cuando apareció Amy y los invitó, con una mirada, a entrar en el pequeño salón del apartamento. Había aprovechado el momento de intimidad de los dos hermanos para acostar a Katie y estaba sirviendo un plato de chili con carne para cada uno.

—¿Katie ya vive aquí de forma definitiva? —le preguntó Travis.

—No, todavía estamos acostumbrándola a los cambios. Pasa algunos días aquí y otros, con mi madre.

—Depende un poco de los horarios que tengamos nosotros y de los de Michelle, la madre de Amy —aclaró Parker—. Travis, no creo que me hayas llamado tan apurado para discutir los detalles de nuestra original vida familiar. Y, si no has llamado a Preston, será porque tienes miedo de que se ría de ti, así que... ¿quién es la chica?

—Joder con el adivino.

—Vamos, cuéntanos, Travis —intervino Amy. A Travis cada día le caía mejor su cuñada. Solo lo que había hecho con Parker, fuera lo que fuera, ya

merecía que la familia Sullivan le erigiera un monumento.

—La conocí en el gimnasio, y llevamos meses viéndonos a diario. Estoy... joder... estoy loco por ella.

—¿Y cuál es el problema?

—¡Ja! ¡El problema es que no sé cuál es el problema! Es la tía más extrovertida del mundo, me cae fenomenal, nos reímos juntos y es obvio... conozco a las mujeres, he salido con cien mil... es obvio que le gusto.

—Qué modesto —se burló su hermano.

—Déjate de chorradas. Se le nota. Se le nota mucho. Al menos, ella no tiene que convivir con una permanente erección, así que, créeme, yo estoy en inferioridad de condiciones. Esto... perdona, Amy —se disculpó Travis. Sus modales impecables de chico de fraternidad le impedían hablar con la misma claridad con ella que con su hermano.

—Por Dios santo, Travis. Me he criado en la calle y convivo con tu hermano desde hace meses. No creo que me vaya a asustar la palabra *erección*.

—Vale, de acuerdo —le respondió Travis, entre risas—. El caso es que le he pedido una cita. Y ha tardado días en responderme y, cuando lo ha hecho, me ha hecho prometerle que, cuando quedemos, si no me gusta lo que veo, que no me quede por las razones equivocadas, que seguiremos siendo amigos, pero que tengo libertad para marcharme. O algo así.

—Ah, bueno, es más fácil de entender de lo que tú crees —respondió Parker, muy serio—. Lo más probable es que te esté ocultando que tiene una hija de cinco años a la que ha hecho pasar por su hermana hasta ahora.

Travis se quedó en silencio, ruborizado por el comentario de su hermano, hasta que vio que Amy le lanzaba un cojín del sofá, y ambos estallaban en carcajadas. Cada minuto que pasaba en esa casa, más orgulloso se sentía de lo que su hermano había conseguido.

—Os podéis ir los dos a la mierda, con el debido respeto a la señorita que se ha criado en las calles de Harlem.

—Travis, —intervino Amy—, solo vas a saber lo que ocurre cuando tengas la cita. ¿Te quedan muchos días de agonía?

—No. Hemos quedado mañana, a las ocho de la tarde, en Central Park.

—Qué romántico.

—¿En serio crees que estás en situación de burlarte de alguien, Park? —protestó Travis—. La voy a llevar al restaurante del lago.

—Suerte, entonces.

Poco después de acabar de cenar, Travis se despidió de Parker y Amy y regresó a su apartamento. Ignoró los *whatsapps* de Preston, tratando de convencerlo de que salieran a beber al día siguiente. Si el sábado acababa emborrachándose, presentía que lo haría solo.

IV

Emily pasó aquella tarde de sábado presa de un ataque de histeria. Desechó todos los modelos que Lisa le proponía y acabó decidiéndose por sus habituales pantalones vaqueros y un jersey negro con un profundo escote en uve. A pesar de todas las circunstancias, o precisamente a causa de ellas, necesitaba sentirse atractiva. Quería que Travis se fijase en ella como en alguien más allá de la chica simpática con la que coincidía en el gimnasio. Subió la cremallera de sus botas planas y, como tantas veces, añoró la posibilidad de calzarse un buen par de zapatos de tacón. Era curioso cómo, con el paso de los años, el hecho de caminar o no, incluso de volver a bailar o no, había quedado difuso en la mente de Emily, y eran los pequeños detalles los únicos que aún le hacían daño. Esa noche, de haber podido elegir un deseo, sería ir subida a unos tacones de quince centímetros con una minifalda de infarto que dejara al descubierto unas piernas sin cicatrices. Su única concesión a la coquetería, si es que podía llamarse así, fue elegir un bastón de madera que su madre le había regalado las Navidades anteriores. Era negro, con pequeñas flores talladas en el pomo, y le resultaba cómodo.

Lisa insistió en peinarla y maquillarla bastante más de lo que ella misma habría hecho. Emily esbozó una sonrisa triste, pensando en cuánto estilo tenía su amiga y en lo poco que lo demostraba. Lisa estaba histérica, casi más nerviosa que la propia Emily. No entendía por qué había aceptado quedar en medio de Central Park sabiendo que eso le implicaría una buena caminata desde el metro. Y puede que con placas de hielo en los senderos.

—Ya te lo he explicado cientos de veces, Lisa. Saber que puedo hacerlo me da seguridad para la cita.

—Pero...

—Ni *pero* ni nada. Deja de preocuparte. Pareces una emisaria de mi padre. Estoy bien. He quedado con un chico que me gusta, es la primera cita de mi vida, y quiero disfrutarla. Deséame suerte —le pidió, al tiempo que abría la puerta y le daba un beso en la mejilla a su casi hermana.

Emily había calculado tanto tiempo para posibles imprevistos que se vio a la orilla del lago de Central Park media hora antes del momento que tanto temía. Media hora para pasar del nerviosismo a la ansiedad. Y de la ansiedad a la histeria. Cuando, a falta de diez minutos para las ocho, vio aproximarse a Travis, el bastón empezó a sobrar en su mano. Quería lanzarlo al lago y, a continuación, lanzarse ella misma.

Sabía que la única manera de que Travis viese cuál era la realidad de su situación era echar a andar hacia él, pero sus pies parecían haber echado raíces. Su motricidad podía ser lamentable, pero su visión era excelente, así que se permitió disfrutar de las vistas antes de que todo se fuera a la mierda. Si Travis en pantalón de deporte y camiseta era una visión digna de un sueño erótico, vestido para la ocasión superaba cualquier expectativa. Como si acabara de saltar de las páginas de un catálogo de Abercrombie & Fitch, vestía unos pantalones chinos azul marino, una camisa blanca con una fina línea también azul en los puños y el cuello y un abrigo de paño con capucha, cómo no, azul oscuro. Su pelo rubio permanecía inmaculadamente peinado, y sus ojos verdes parecían escrutar el entorno buscándola. Era un pijo, sí, pero había activado una alarma de incendios en el interior de Emily. En el interior de sus muslos, para ser más precisos. Maldita fuera la naturaleza, que la había privado de la capacidad de caminar decentemente, pero no le había ahorrado el apuro de excitarse ante un hombre que, con toda probabilidad, iba a rechazarla.

Había llegado el momento. Impulsada por las innegables ganas que tenía de estar con él, Emily comenzó a caminar. Hacía mucho tiempo que no era consciente de hasta qué punto eran evidentes sus dificultades para andar. Le había costado tanto trabajo y tanto dolor llegar hasta su situación actual que a ella casi le parecía que volaba. Pero no era tan idiota como para no ver, con demasiada frecuencia, algunas caras de compasión a su alrededor. En una de sus primeras salidas a la calle, algunos años atrás, había oído a una mujer mencionar la lástima que daba que algo así le ocurriera a alguien tan joven, como si morirse de dolor a cada paso y ser incapaz de desenvolverse por uno mismo fuese un trago agradable para alguien mayor. Hacía años ya que nada de eso le afectaba. Con haber dejado de ser una persona dependiente y, sobre

todo, con no sentir dolor, ella ya era la persona más feliz del mundo.

Todos esos pensamientos eran la realidad de su vida diaria. Pero en aquel momento le parecían tópicos salidos de un libro de autoayuda. Mientras se dirigía hacia Travis, apoyada en su bastón y sin atreverse a levantar la vista del suelo, le parecía que había retrocedido muchos años en sus pensamientos. Se volvía a sentir como la primera vez que la sentaron en la silla de ruedas, pequeña y vulnerable. No quería verse así. Quería ser capaz de alzar la cabeza y mirarlo. Quería que él la aceptara.

Qué momento tan inoportuno para darse cuenta de que se había enamorado de él.

Cuando llegó a la altura de Travis, ya no pudo permitir que sus miedos pospusieran el encuentro. Y cuando lo miró a los ojos, algo se rompió dentro de ella, algo que creía ya superado. Emily se había creído tan imposible de hundir como habían creído al Titanic un siglo antes. La expresión que vio en Travis fue un disparo directo a su línea de flotación emocional.

Travis no podía dejar de mirarla, incrédulo. Había tardado una eternidad en darse cuenta de que aquella chica que se dirigía a él renqueante era la misma con la que llevaba meses compartiendo horas de gimnasio. Como si de una película se tratase, revisó cada uno de los momentos que había pasado con ella y cayó en la cuenta de que nunca, ni un mísero día, la había visto de pie. Su intención inicial de darle un repaso visual completo a su cuerpo había quedado en el olvido sin que ni siquiera él se diera cuenta. Ella siempre estaba en su banco de ejercicios cuando él llegaba y siempre posponía su marcha a la de él. Ni siquiera se había planteado que hubiera una razón. Se había limitado a incorporarlo a la lista de rutinas, junto a la botella de agua que él le llevaba a diario, las preguntas mutuas sobre los exámenes y el trabajo o los apodos por los que conocían a otros asiduos al gimnasio. Ahora, Travis comprendía que era *aquello* lo que la atemorizaba. De eso era de lo que había tratado de advertirlo antes de la cita. Emily tenía miedo de que él la rechazara al darse cuenta de su discapacidad. Y él lo único que quería era besarla y pedirle que le hablara de ello.

Travis siempre había sido el más rápido de su equipo de fútbol. Incluso más rápido que Preston, pese al paralelismo genético. Pero esa tarde, sin ninguna duda, estaba lento. Muy lento. Cuando se quiso dar cuenta de que, mientras la confusión y la sorpresa lo invadían por dentro, su cara solo reflejaba estupefacción y de que ni siquiera había saludado a Emily, se

encontró con que ella se había dado la vuelta y había huido todo lo rápido que sus maltrechas piernas le permitían. La observó por detrás, temió que se hiciera daño por ir a más velocidad de la debida para escapar de él, balbuceó su nombre tan bajo que supo que ella no habría podido oírlo, le echó un vistazo rápido a su culo —sí, definitivamente, su subconsciente era un cerdo— y, cuando toda esperanza de seguir teniendo cerebro estaba perdida, salió al fin corriendo tras ella.

—Emily, ¡Emily! ¡Espera! —le gritó cuando ya casi la tenía al alcance de la mano.

—Travis, por favor, déjame en paz —sollozó ella. La había hecho llorar. Joder. Aún no la había besado siquiera y ya la había hecho llorar. Acababa de batir su propio récord.

—No, no te voy a dejar en paz. ¡Por Dios, Emily! ¡Para un momento!

—No quiero. Quiero llegar a casa cuanto antes. Sabía que esta cita era una idea de mierda.

—Perdóname, Emily. Me quedé sorprendido, es solo eso. Por favor, no me malinterpretes.

—No hay nada que malinterpretar. Sabía que esto iba a ocurrir.

—¿Lo sabías? —El tono de Travis cambió con rapidez de la súplica al enfado—. ¿Lo sabías o te habías metido en la cabeza que iba a ser así? No sé cómo esperabas que reaccionara, pero entenderás que me haya sorprendido. Acabo de alucinar con el simple hecho de darme cuenta de que nunca te había visto caminar. Ya solo eso me parece que justifica un poco la cara de imbécil que he puesto.

—Travis, todo esto es muy complicado.

—No tengo ni idea de qué te ha llevado a estar así, ni de si es algo temporal o permanente. Y, ¿sabes qué, Emily? Que me importa una mierda. Me gustaría aunque fueras azul y te salieran los brazos de las orejas. Me gustas más... joder, más de lo que me ha gustado nadie en toda mi vida.

—Travis... —Emily siguió sollozando, pero ya no de decepción, ni de frustración. Lo que más había temido, más incluso que el rechazo, era que Travis la tratase con compasión. Entre su padre y Lisa se habían encargado de que fuera fuerte, de que se sobrepusiera a todos sus miedos y complejos. Era ella misma quien mantenía la pena de su madre a raya porque era el último sentimiento con el que se sentía preparada para lidiar. Y no lo había visto en Travis. Él le había pedido disculpas; después, se había enfadado, había

bromeado y, al final, le había hecho lo más cercano a una declaración de amor que jamás pensó escuchar. Si existiera el premio Nobel a la reacción perfecta, Travis estaría ya de camino a Suecia.

—Emily...

El turno de las palabras había terminado. Emily le cedió el mando de la situación a Travis, consciente de que él sabría qué hacer. Con veintiún años, camino de los veintidós, Emily supo, en un temblor de anticipación, que estaba a punto de recibir su primer beso. Los dedos de Travis secaron sus lágrimas, antes de depositar las yemas de ellos sobre sus labios húmedos. Hundió su otra mano en la lisa melena rubia de Emily y acarició el lóbulo de su oreja. No dejaron de mirarse a los ojos hasta que sus párpados se negaron a luchar más y se cerraron. Los labios de Travis se apretaron un instante contra los de Emily, antes de separarse para saborear sus comisuras. Emily entreabrió los suyos, y Travis no podría haber evitado entrar con su lengua aunque aún le quedara un mínimo de prudencia. Solo se separaron cuando fueron conscientes de que no podrían pasar el resto de su vida besándose en la orilla del lago de Central Park. Si hubiera existido una mínima posibilidad de prolongarlo eternamente, no habrían dudado.

—Se supone que tenemos una reserva para cenar hace media hora —le susurró Emily, venciendo la timidez que sentía.

—Olvídalo. No creo que nos den mesa llegando tan tarde. Ha merecido la pena, en cualquier caso.

—No te vas a librar tan fácil de invitarme a cenar. No le negarán una mesa a la pobre chica que llega tarde por culpa de su discapacidad. Alguna ventaja tenía que tener esta mierda. —Emily se rio, levantando un poco su bastón.

Travis sintió que el alma le iba a estallar dentro. No solo era la chica más guapa que había conocido en toda su vida. También era inteligente, rápida y capaz de bromear con algo que a él lo habría tirado a la lona sin remisión. Por Dios santo, si se había pasado el verano medio deprimido en el rancho de sus padres por el postoperatorio de una operación de menisco...

—Tengo una condición para mantener la invitación a cenar.

—¿Una condición? —Emily frunció el ceño.

—Sí. Quiero que esto vaya en serio. —Travis se tensó, y su tono firme falló—. No solo una cita... Quiero... quiero más.

—Yo también quiero más. Lo quiero todo. —La sonrisa de Emily era

amplia y franca, y calentó a Travis desde el corazón hasta partes menos decorosas—. Vamos.

||

—¿Qué te ocurrió, Emily? —Travis esperó al postre para sacar el tema. No sabía si estaba metiendo la pata, pero le incomodaba la sensación de que lo estaban ignorando.

—Ya pensaba que no lo ibas a preguntar nunca.

—Eres una listilla, ¿verdad?

—Un poco.

—¿Quieres contármelo?

—Sí, claro. Lo he contado tantas veces que no me afecta. Me atropellaron cuando era una niña. Bueno, tenía catorce años.

—Debió de ser horrible.

—Más que eso. Nadie esperaba que pudiera volver a caminar algún día. De hecho, no fui capaz de aguantarme de pie hasta hace cuatro años. Desde eso, bueno... todo mejoró.

—¿Vives sola en Nueva York?

—¡No! —Emily se rio, como si aquella fuera una situación impensable—. Mi padre se moriría si no me hubiera venido con Lisa. Es mi mejor amiga desde que éramos niñas.

—¿Cómo llevaron tus padres tu accidente? —A Emily le gustó su pregunta. Le gustó que la comprendiera, que se interesara por ella, que siguiera sin demostrar ni un ápice de compasión. Para qué engañarse, le gustaba todo de él.

—Mal, claro. Están divorciados, y yo siempre he vivido con mi padre. Él se parece mucho a mí y se centró en la búsqueda de soluciones. No creo que haya un traumatólogo o fisioterapeuta en todos los Estados Unidos con el que no haya hablado. Sin él, no estaría aquí ahora mismo; de eso puedes estar seguro. Mi madre, en cambio, se hundió. Ni siquiera ahora, viéndome bien, es capaz de mirarme sin que se le note la pena que siente. Me hace daño, no lo puedo evitar.

—¿Tienes hermanos?

—No. Pero tengo a Lisa. Éramos vecinas en Boston, y, *casualmente*, ella decidió venirse a estudiar a la Universidad de Nueva York justo cuando a

mí me admitieron en Columbia. Y, tú, ¿tienes hermanos?

—Tres. Un poco de todo: uno mayor, uno menor y un gemelo. Todos chicos.

—Compadezco a tu pobre madre.

—Y eso que no los conoces. —Acabaron el postre, y él cambió de tema—. ¿Te apetece ir a algún sitio al salir de aquí?

—Sí. Al salir de aquí, quiero ir a tu casa.

—¿Eso significa... —Travis titubeó. Presentía que Emily no era una mujer experimentada.

—Eso significa justo lo que estás pensando. —Emily sonrió, consciente de que quien hablaba era el exceso de vino. Vio a Travis esbozar una sonrisa letal, mientras dejaba unos billetes sobre la mesa y se levantaba raudo.

—Vámonos.

La euforia alcohólica de Emily se fue diluyendo poco a poco en el trayecto en taxi hacia el sur de Manhattan. Tenía miedo a no saber qué hacer, a no poder responder a sus expectativas. Los besos húmedos con los que Travis torturaba su cuello cumplieron la misión de sustituir las dudas por un deseo ardiente.

Cuando atravesaron la puerta del apartamento, nada transcurrió como Emily esperaba. Travis no se abalanzó sobre ella ni mostró ningún síntoma de premura. En cambio, le preguntó qué quería beber y puso música en un aparato bastante pasado de moda.

—¿Esto que suena es Travis? —le preguntó, mientras lo veía abrir puertas en el exiguo espacio de su cocina.

—Sí. Hacía siglos que no los escuchaba, pero encontré el CD en la mudanza y... ya ves.

—Escuchando Travis en el apartamento de Travis... No creo que se me olvide este momento.

—Te puedo asegurar que no se te va a olvidar ningún momento de esta noche, nena —respondió él, con suficiencia—. ¿Martini con vodka está bien? ¿O acabarás desmayada?

—¿Pretendes emborracharme?

—¿Lo necesito?

—Quizá. —Le sonrió, asintiendo—. Martini con vodka está perfecto.

Travis le entregó su copa y se arrellanó junto a ella en el pequeño sofá del salón. Cuando retomaron la rutina de besos que habían dejado

abandonada en el taxi, Emily sintió que se le iba a parar el corazón. O que iba a salir corriendo de su pecho. Ni siquiera su corazón se aclaraba sobre cuánto tenía que latir. Charlaron de todo y de nada. Travis ni siquiera recordaba haber hablado alguna vez con una chica por el simple placer de hacerlo.

—¿Jugabas al fútbol en el instituto?

—Sí. —Travis ahogó una mueca—. Y en la universidad. Era bastante bueno.

—¿Sabes que, la primera vez que te vi, pensé que parecías un *quarterback*?

—Receptor. El *quarterback* era mi gemelo.

—¿Por qué lo dejaste?

—Mi rodilla se rindió en el tercer año de universidad. Yo tardé un poco más, —sonrió—, pero al final me operé el verano pasado. Es lo mejor que he hecho en mi vida.

—¿Sí? ¿Funcionó la operación?

—A medias. Ya había asumido que el fútbol era parte del pasado, y tampoco estoy demasiado satisfecho con la recuperación. Aún sigo necesitando hielo si fuerzo demasiado la rodilla.

—Entonces, ¿por qué dices que es lo mejor que has hecho en tu vida?

—Porque eso fue lo que me llevó al gimnasio del campus.

—Ah.

—¿Quieres bailar?

—¿Es una broma? —Emily frunció el ceño.

—No. Confía en mí. —Travis le tendió su mano, y ella la aceptó.

Sonaba *Sing* en todo el apartamento, y Travis la alzó en volandas y bailó con ella con más gracia de la que nadie podría haber imaginado en aquella situación.

—Lisa siempre me dice que no me fíe de un hombre que sabe bailar.

—Eso es porque Lisa sabe que voy a follarte de maravilla —le respondió él, hincando con suavidad sus dientes sobre el hombro de Emily.

Travis la soltó y abrió tres cosas en el transcurso de un segundo: el sofá cama, el sujetador de Emily y el envoltorio de un condón. Ella solo tuvo tiempo a pedirle que apagara la luz.

—Travis... yo... —titubeó Emily cuando el curso de los acontecimientos ya era evidente.

—No has estado con nadie, ¿verdad?

—Ni siquiera había besado a un chico hasta esta noche —confesó ella. Gimió cuando él rozó su apretado pezón con la yema del pulgar.

—No deberías haberme dicho eso. Ni deberías haber hecho ese sonidito. —Emily, pese a la luz apagada, vio gula en los ojos de Travis.

Travis desnudó a Emily con el mimo que suponía que ella necesitaba. Cuando las ropas de ambos yacieron inconscientes en el suelo del salón, Travis la tumbó debajo de él y se dedicó a besar la curva de su mandíbula, el valle entre sus pechos y los montículos de sus pezones. Cuando ella ya se derretía debajo de él, deslizó un dedo entre los pliegues de su sexo y, al comprobar su humedad, desenrolló el preservativo por su miembro duro e hirviente. La penetró despacio, sintiendo que iba a perder la cabeza. La inexperiencia de Emily lo exprimía, lo apretaba y jugaba con su capacidad de aguante. Cuando la escuchó ahogar un jadeo de dolor, sintió que se había quedado para siempre con una parte de ella, y saberlo le produjo un sentimiento de orgullo del que, paradójicamente, no se sentía demasiado orgulloso. Una serie de gemidos constantes le anunció que Emily no iba a aguantar más, y él decidió posponer las exhibiciones para otro momento, y se dejó ir con ella. Cuando alcanzaron el orgasmo juntos, Travis supo que nunca, jamás, nadie le haría sentir nada similar a lo que estaba experimentando en ese momento.

||

Emily se despertó con las primeras luces del alba, y fue esa claridad la que la puso en alerta. La noche anterior, Travis y ella se habían quedado dormidos con apenas una sábana sobre sus cuerpos. Él continuaba dormido a su lado, con la respiración acompasada al movimiento de su pecho. Incluso con la boca entreabierta, estaba pecaminosamente guapo. En cambio, en sí misma, Emily solo era capaz de ver el mapa de cicatrices que atravesaba sus piernas en todas las direcciones. Necesitaba localizar su ropa y salir del apartamento antes de que Travis despertara.

—¿A dónde te crees que vas? —balbuceó él, aún medio dormido, pero ya consciente de sus movimientos.

—Aquí hay mucha luz. —Emily se encogió de hombros porque no supo qué otra cosa hacer.

—Mejor. Así puedo verte. Eres preciosa —le susurró al oído, antes de

recorrer con la lengua el camino entre el lóbulo de su oreja y el hueso de su clavícula.

—¿Y si yo no quiero que me veas?

—¿Quieres que te cuente cómo me he hecho todas estas cicatrices? — Emily dio un respingo en la cama y miró a Travis a los ojos. Él se sentó con las piernas cruzadas sobre el colchón y una actitud, en apariencia, despreocupada.

—¿De qué estás hablando?

—Mira esta. —Travis continuaba hablando como si Emily no estuviera temblando de nervios y emoción a su lado. Señaló una cicatriz de unos siete centímetros sobre su rótula derecha—. Es del golpe en el que me rompí el menisco. Una patada bestial de un tío como un armario.

—¿Te dolió? —se atrevió a preguntar Emily.

—Como el mismísimo infierno. Esta de aquí... —siguió señalando marcas sobre su piel que, comparadas con las de ella, parecían casi imperceptibles— fue por una caída montando a caballo en el último año de instituto. Y esta es la de la cirugía, claro. La de la ceja es bastante graciosa. Me partió la cara un tipo que me confundió con Preston, que le había hecho pasar un buen rato a la novia del tío en cuestión. —Se rieron con ganas, como si la conversación fuera en realidad intrascendente—. Y la del mentón, una caída de la bici cuando mi padre consideró que ya estaba preparado para circular sin ruedines. Y no lo estaba, claro. Mi madre casi lo mata.

—Vaya. —Ambos sonrieron.

—Tengo más, eh. Pero creo que es tu turno.

—Travis...

—Deja de taparte, Emily. Tengo intención de pasar mucho tiempo contigo desnuda a mi lado. No pienso limitarlo a las noches.

Emily se sorprendió a sí misma relatándole algunas de las operaciones a las que la habían sometido en los últimos siete años. Ella sabía que eran diecisiete en total. Sus ojos no dejaron de estar llenos de lágrimas ni un segundo, pero no eran lágrimas de pena ni de vergüenza ni de miedo. Eran lágrimas de amor.

A media tarde, Emily decidió regresar a su apartamento. Su móvil se había quedado sin batería en algún momento de la noche, y el cargador de Travis no era compatible. No quería ni imaginar lo preocupada que estaría Lisa.

Travis no tenía intención de separarse de ella ni un segundo más de lo necesario, así que le hizo prometer que se verían esa misma noche en el gimnasio, en el horario habitual. Cuando Emily estaba a punto de salir por la puerta del apartamento, Travis la llamó.

—Emily.

—Dime.

—Te quiero.

Ella ensanchó una sonrisa, asintió y se fue.

||

El gimnasio estaba desierto aquella noche de domingo. Travis y Emily trabajaban en una rutina lánguida, consolándose en la excusa de que habían realizado suficiente ejercicio en las últimas veinticuatro horas.

—Tengo algo que preguntarte y algo que confesarte, Emily. Y es muy probable que te cabrees conmigo.

—Me estás asustando, Travis. ¿Qué ocurre?

—La pregunta... ¿Te da clase un profesor llamado Preston?

—No. No me suena de nada. ¿Qué asignatura imparte?

—Introducción al derecho internacional.

—No tengo ninguna asignatura de derecho internacional. No conozco a nadie de ese departamento. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Preston es mi hermano gemelo. El *quarterback*. —Sonrió con timidez.

—¿Tienes un hermano viviendo en Nueva York? ¿Profesor en mi facultad? ¿Y no se te ha ocurrido contármelo en cuatro meses? —Amy fingía indignación, pero Travis la vio reírse de él. Quizá su exceso de preocupación no estaba justificado.

—En realidad tengo dos hermanos viviendo en Nueva York, pero ahora no viene al caso. Ya los conocerás cuando te apetezca.

—¿Y la confesión?

—Cuando te conocí... Cuando empezaste a gustarme, yo estaba cagado de miedo a que encontraras cualquier excusa para rechazarme. Así que me asustó ser el hermano de un profesor tuyo y... te mentí. No quería que me relacionaras con él. Es bastante gilipollas. —Travis trató de darle un toque de humor a su revelación.

—¿En qué me mentiste? —Emily se asustó.

—No soy de Colorado. Soy de Arizona.

—¿Eso es todo?

—Es todo. —Travis cerró los ojos y entreabrió uno poco a poco con una mueca burlona—. ¿Estás muy enfadada?

—No. Pero te confieso que si me hubieras contado esto desde el principio, seguramente no habrías conseguido salir conmigo.

—¿Ah, no?

—No. Odio Arizona.

—¿Y eso por qué?

—Mi atropello fue en Phoenix. En Arizona he pasado los peores momentos de mi vida.

—¿En Phoenix?

—Sí. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía nueve años. Dos años después, mi madre conoció al que ahora es mi padrastro y se fue a vivir a Phoenix con él. Yo decidí quedarme con mi padre. Mi madre siempre me guardó rencor por no irme con ella, y yo siempre se lo guardé a ella por no quedarse en Boston conmigo. Me obligaban a pasar allí las vacaciones escolares. Imagínate. Toda la vida en Boston y tener que pasar el mes de agosto en Phoenix, a cuarenta grados a la sombra.

—Me lo puedo imaginar.

—El sueño de mi vida siempre fue ser bailarina. Era bastante buena y siempre tuve muy claro que eso era a lo que quería dedicar el resto de mi vida.

—No me lo habías contado.

—Es la única cosa de la que aún me cuesta hablar... Por si el calor y estar lejos de mi ciudad, de mi padre y de mis amigas no fuera suficiente, en Phoenix, no tenía espacio en casa de mi madre para bailar. Por suerte, un verano, mi madre descubrió que su vecina había sido profesora de ballet y que tenía un estudio maravilloso en su sótano. Así que empecé a pasar cada vez más tiempo allí cuando iba a visitar a mi madre, que estaba encantada porque yo tenía mucha mejor actitud. Una noche, *aquella* noche, poco después de Acción de Gracias, se me fue el santo al cielo con la hora. Mi madre y su marido habían salido, y yo aproveché para quedarme en casa de la vecina casi toda la noche. A las dos de la madrugada, decidí volver a casa antes de que me descubrieran. —Emily hizo una pausa, tomó aire y lo soltó

poco a poco—. Lo recuerdo todo, ¿sabes? He pasado mucho tiempo en hospitales, y todo el mundo dice «no me acuerdo de nada del accidente», «lo siguiente que recuerdo es despertar en el hospital». Yo me acuerdo de todo, Travis. Hasta de los pequeños detalles. El coche era un descapotable gris. Lo conducía un crío de dieciséis años que acababa de sacarse el carnet y que iba pasado de drogas y alcohol. Como sus padres tenían muchísimo dinero, se libró de toda responsabilidad legal. Conmigo en el hospital, prácticamente inválida... Mis padres no tenían fuerzas para plantearse un juicio, así que aceptaron el dinero que nos ofrecieron. Ese dinero está pagando mi rehabilitación y mi carrera, claro. —Emily ahogó una mueca de asco.

Pero Travis ya no vio esa mueca. Travis solo veía cómo el mundo se había abierto bajo sus pies. Cómo perdía lo que llevaba solo unas horas siendo suyo. Había querido a una mujer por primera vez en sus veinticinco años de vida. La amaba y presentía que la amaría para siempre. Dos certezas lo golpearon más fuerte de lo que nunca lo había hecho un defensa en la cancha: estaba enamorado de Emily, y jamás podrían estar juntos.

—Emily, acabo de recordar que tengo que irme. Lo siento.

Huyó. Huyó como el cobarde que era. Huyó como su hermano Parker había huido, siete años atrás, del lugar donde había atropellado a una chica de catorce años que soñaba con ser bailarina.

V

—Emily, tienes que comer algo —insistió Lisa, asomando la cabeza por la puerta del dormitorio de su mejor amiga.

—No tengo hambre, Lis... Ya comeré algo rápido después.

—¿Después de qué? Ni siquiera has ido a la facultad en los tres últimos días.

—No tengo ninguna clase importante.

—Em... Sabes que no es ese el motivo de que te hayas quedado en casa. Y que no vayas a clase me da igual. Pero no puedes dejar el gimnasio. Yo te buscaré otro si quieres, pero sabes que no puedes dejar la rehabilitación o te arrepentirás.

—Ya la retomaré cuando me sienta con fuerzas. Cuando se me pase el disgusto.

—Cariño... —Lisa la abrazó con fuerza, reservando algunas energías para matar a Travis Sullivan si en algún momento se cruzaba en su camino—. Tienes que olvidarte de ese hijo de puta.

—No es un hijo de puta... —Lisa se indignó con Emily por defender al malnacido que la había dejado abandonada horas después de acostarse con ella. Si Lisa en algún momento se hubiera planteado dejar de odiar a los hombres, lo que le había ocurrido a su hermana del alma no habría hecho más que ayudarla a reforzar su posición.

—¿Cómo puedes defenderlo? Consiguió lo que quería y te dejó tirada. Lleva tres días sin responder al teléfono, sin enviarte un triste mensaje. *Hijo de puta* se queda bastante corto para lo que realmente es.

—Ocurrió algo, Lisa. No dejo de darle vueltas a lo que pasó, no paro de pensar en qué pude decir o hacer...

—¡Tú no tienes la culpa de nada! ¡Y deja de torturarte! Solo conseguirás hacerte más daño.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? No digo que yo tenga la culpa, pero sé que algo desencadenó todo esto. Lisa, fue perfecto. Todo. Su

reacción a mi accidente, su forma de tratarme... Si solo hubiera querido follarme y olvidarse de mí, no me habría dicho que me quería después de que pasara, ¿no?

—¿Te dijo que te quería? —Lisa abrió los ojos como platos. El estado vegetativo en el que su amiga llevaba los últimos días le había impedido conocer los detalles de su cita con Travis—. ¿Quieres contármelo todo? Quizá tengas razón, y, entre las dos, podamos llegar a alguna conclusión.

—¿Hay cerveza? Necesito algo que me dé valor para recordar el fin de semana.

—Hay cerveza. Pero no vas a beber en la cama, así que mueve el culo al salón.

—Eres una mandona —protestó Emily, ya incorporándose. Cuando se derrumbó en el sofá, Lisa tenía ya preparado un buen arsenal de cervezas y unos sándwiches que, a todas luces, le iba a obligar a comerse.

—¿De verdad no te presionó para que te acostaras con él? No pienso quedarme con la duda de si hay que matarlo o no.

—Fui yo quien propuso ir a su casa. Él fue perfecto, Lisa. Trató el tema de mi pierna con toda normalidad, incluso hizo bromas y se rio con las mías. No estaba incómodo, y me hizo sentir tan normal...

—¿Tan normal que decidiste abrirte de piernas a la primera de cambio?

—¡Qué bruta eres! Sí. Me apetecía acostarme con él. Tengo casi veintidós años, no quería esperar más. Y fue maravilloso, Lisa, me hizo sentir tan bien... Acabé pasando la mañana desnuda a su lado, a plena luz del día, sin importarme las cicatrices, los complejos... Sin importarme nada.

—Vale. Y quedasteis en veros por la tarde en el gimnasio, ¿no es así?

—Sí. Y antes de marcharme me dijo que me quería.

—¿Y qué pasó después?

—Me dijo que tenía que contarme algo. Que su hermano es profesor en mi facultad y que, para que yo no los relacionara y tuviera una excusa para evitar salir con él, me había mentado. Así es como me enteré de que es de Arizona.

—¿Es de Arizona?

—Sí. Me lo contó, y todo parecía normal. Yo le dije que odiaba Arizona y le conté más detalles del accidente y, de repente, todo lo que parecía haber entre nosotros se esfumó. Me dio una excusa de mierda, se largó, y no he vuelto a saber nada de él.

—¿Me estás diciendo que está tan chalado como para dejarte solo porque odias su lugar natal?

—Dios mío, ¿crees que pudo ser por eso?

—Pues, o es eso, o es un puto cabrón como todos los tíos.

||

—Me quedé una llave de emergencia por si algún día me surgía echar un polvo por esta zona —aclaró Preston, entre risas, cuando su hermano se indignó al verlo entrar en su apartamento tan campante.

—Vete a la mierda, Preston. Deja la puta llave encima de la mesa y lárgate de aquí.

—Buenooo, veo que estás de un humor excelente, hermanito. ¿Qué coño te pasa? Aquí apesta, por cierto. ¿Has fumado? —preguntó, olfateando el aire viciado por tres días de incertidumbre y dolor.

—No. Nuestro querido hermano pequeño hizo ayer el mismo ritual de preocupación fraternal que tú.

—¿Parker ha estado aquí? ¿Ha dejado su vida de la tribu de los Brady de Harlem para venir a verte? Debe de ser grave.

—Déjate de gilipolleces. Si estás aquí es porque él te ha llamado, ¿no?

—En realidad, ha sido Amy.

—Fantástico. Es como volver a vivir con papá y mamá.

—Cuéntamelo, Travis. Parker y Amy no han soltado prenda, solo me han dicho que estabas hecho una mierda.

—Parker y Amy no tienen ni puta idea de lo que ha pasado.

—¿Whisky con soda? —preguntó Preston, plantándose en dos zancadas en el centro de la cocina.

—Mejor solo.

—Vaya. Parece peor de lo que pensaba. ¿Quién es la chica?

—Se llama Emily. —Travis se rindió. Preston y él podían leer uno en el otro, así que no merecía la pena posponer las confesiones. Además, necesitaba sacárselo de dentro—. Creo... Preston, creo que estoy enamorado de ella.

—Joder. —Preston no se burló. Hasta él sabía cuándo las cosas se ponían serias—. ¿Y qué ha pasado?

—La conozco hace meses, pero hasta el sábado no salimos juntos. Fue

todo perfecto. Más que perfecto. Ella tiene problemas para caminar, tiene que utilizar un bastón y cojea bastante. Pero es feliz, y siempre está sonriendo, y, además, es la mujer más guapa que he visto en toda mi vida.

—Guauuu. ¿Te asustaste?

—No. Me enteré de golpe en una sola noche. Todo vino junto. Descubrí su discapacidad, nos besamos, decidimos ir en serio, nos acostamos, le dije que la quería...

—¿¿La quieres??

—La quiero —dijo Travis en un suspiro. Derrotado, bajó la cabeza hasta las palmas de sus manos y se tapó la cara.

—¿Y cuál es el problema?

—Preston... Es la chica a la que atropelló Parker.

—¿¿Qué??

—Hubo algunos malentendidos sobre nuestros orígenes, y, hasta mucho después de estar ya metido en el lío, no descubrí que había tenido el accidente en Phoenix. Me lo contó con más detalle, me dijo que conducía un chico de dieciséis años borracho y drogado, que el coche era un descapotable gris y que la familia del chico había pagado para que no hubiera consecuencias legales.

—Dios mío... ¿Cómo reaccionó ella?

—No se lo dije. No pude. Me limité a salir corriendo del gimnasio, apagar el móvil y encerrarme. He dicho en el trabajo que tengo la gripe, ni siquiera tengo fuerzas para salir de casa.

—Tienes que llamarla, Travis.

—No. Ya se olvidará de mí. Al fin y al cabo, solo estuvimos juntos un día.

—¿Me lo estás contando a mí o te estás intentando convencer?

—No lo sé.

—¿Sabes lo que está pensando ella ahora mismo?

—Que soy un cabrón.

—Sí. Que eres un cabrón que solo quería acostarse con ella y que te largaste en cuanto lo conseguiste.

—No puede... no puede pensar eso. Le dije que la quería.

—Sí, claro. Le dijiste que la querías y luego te has pasado cuatro días ignorándola. Llámala, Travis. Explícale la situación. ¿Quieres que sea sincero?

—Claro.

—No creo que lo vuestro tenga solución. Cuando conozca la verdad, será ella quien no quiera saber nada de ti. Yo estaba allí, Travis. Nunca pensé que esa chica sobreviviría. Con el infierno por el que ha debido de pasar, dudo que le queden ganas de saber nada de ninguno de nosotros.

—¿Entonces? ¿De qué me sirve llamarla?

—No soy exactamente un ejemplo de cómo comportarse con las mujeres, pero esto es diferente. Esa chica ya ha sufrido lo suficiente. No dejes que se sienta como una mierda por tu culpa. Échale huevos y habla con ella.

—¿Crees que debería contárselo a Parker?

—No lo sé. De momento, creo que no. Ahora es feliz, al fin. Esto le removería mucha mierda por dentro. Ya habrá tiempo de contárselo en el futuro si surge la ocasión. —Preston miro su reloj y se encaminó a la puerta—. Me marcho. Algunos aún nos tomamos en serio las responsabilidades laborales.

—Preston... —Travis esbozó una breve sonrisa—. Gracias.

||

Emily apareció en la puerta del gimnasio a la hora exacta a la que Travis la había citado en su mensaje. Se odió a sí misma por haber reunido fuerzas para salir de casa solo gracias a él. Pero la curiosidad por entender qué había pasado se la estaba comiendo viva. Y, por desgracia para ella, también la añoranza de Travis. Desde que se conocían, nunca habían pasado cuatro días sin verse. Y le dolía cada minuto de esos cuatro días.

—Hola, Emily —la saludó Travis, con una mueca a medio camino entre la timidez y la vergüenza.

—Hola. Di lo que tengas que decir, por favor. No entiendo nada y no creo que me lo merezca.

—¿Te importa que nos sentemos? —le preguntó, señalando uno de los bancos del parque principal del campus.

—¿Qué ocurrió, Travis? ¿Hice algo mal?

—Dios mío, ¡no! ¡Claro que no!

—¿Entonces?

—No sé ni cómo decirte esto, Emily... ¿Recuerdas que te dije que tenía tres hermanos, dos de ellos viviendo en Nueva York?

—Travis, dime que todo esto no es por esa mierda de que tu hermano es profesor en mi facultad.

—No. Ese es mi hermano Preston. Mi hermano pequeño se llama Parker. —Travis no ignoró el respingo que dio Emily al escuchar ese nombre —. Parker Sullivan. Él fue quien te atropelló, Preston el único testigo del accidente, y mis padres, quienes pagaron para que no llegara a juicio.

—No... —Esa fue la única palabra que Emily fue capaz de pronunciar antes de que sus ojos se desbordaran de lágrimas.

Travis, movido por un impulso, y sin pensar en el más que probable rechazo de ella, la abrazó. La estrechó fuerte contra su pecho y deseó que todo fuera diferente. Ella se dejó acoger, aturdida aún por la confesión del hombre del que estaba irremediabilmente enamorada.

—Tengo que irme. Lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó Emily.

—En cualquier otra circunstancia, si te marcharas por cualquier otro motivo, Emily, no tengas duda de que haría cualquier cosa por recuperarte. Te acosaría, te perseguiría, te haría ver que tenemos que estar juntos. Pero esta es tu batalla. Desapareceré. Buscaré otro gimnasio. Pero... si algún día ves la opción de hacerlo posible... yo seguiré aquí. Te conozco desde hace cuatro putos meses, pero sé que te voy a querer siempre.

—Adiós, Travis —se despidió Emily entre lágrimas, permitiéndose el lujo final de posar sus labios sobre los de él durante un breve instante.

VI

Emily decidió regresar caminando a su apartamento. Estaba muy cerca del campus, aunque la prudencia hacía que siempre cogiera el metro para ir a la facultad, pese a haber solo dos paradas de distancia. Pero esa aciaga tarde en que todas sus esperanzas de un futuro junto a Travis habían muerto, necesitaba que el viento frío de febrero le golpeará la cara y presentara batalla a las lágrimas contra las que ella no podía luchar. Sabía que le dolería como mínimo una pierna al llegar a casa, pero prefería lidiar con un dolor físico que solapara un poco el que sentía dentro del alma.

No hizo más que dormir –a breves intervalos– y llorar –sin solución de continuidad–, durante los siguientes cinco días. Lisa, presa del desespero por ver el estado de su amiga, le prometió que haría cualquier cosa si salía de la cama. Emily ni siquiera tuvo ánimos para bromear con ella. Durante los últimos cinco años, cada vez que Lisa prometía algo así, Emily le pedía que se pusiera guapa y saliera con un chico, sabedora de que eso sería lo último que su amiga querría hacer. Lisa se rindió a la evidencia de que Travis había calado en Emily más hondo de lo que ninguna de las dos podía imaginar. Maldijo al destino, a la casualidad y a la ciudad de Nueva York por haber hecho que, de entre millones de opciones posibles, Emily se hubiera enamorado del hermano de la persona que le había causado el mayor dolor de su vida.

||

—Emily, cariño, soy papá. —La voz de su padre al otro lado del teléfono la obligó a aclararse la voz y ocultar los rastros de llanto.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás?

—Preocupado. Lisa me ha llamado.

—¿Qué? —Iba a matar a su amiga.

—Lo sé todo, Emily. No te enfades con ella. Tengo el dedo en el botón

de reserva de un vuelo a Nueva York. Si no me prometes que vas a salir de casa, que vas a volver a clase y al gimnasio, me tienes ahí en menos de cuatro horas.

—Papá, no es necesario. He tenido un desengaño con un chico, y se me pasará —argumentó ella, tratando de quitar importancia al asunto.

—Déjate de tonterías, Em. Hemos pasado demasiadas cosas juntos como para que ahora me trates como a un imbécil.

—¿Y qué quieres que haga, papá? —El llanto empezaba a volverse incontenible.

—Que afrontes esto como afrontaste todo lo demás. Por Dios bendito, Emily, con dieciséis años te rebelabas contra el hecho de pasar toda tu vida en una silla de ruedas. No me creo que con veintidós no seas capaz de buscar una solución a lo que te está pasando.

—La única solución es dejar pasar el tiempo y olvidarme de él.

—Emily, ¿te acuerdas de Alice, la única fisioterapeuta que confió en que volverías a caminar?

—Sí, claro.

—¿Recuerdas lo que le dijiste cuando entró en tu habitación por primera vez y te propuso diferentes soluciones?

—No, papá —mintió. Recordaba muy bien sus palabras.

—Le dijiste que la única solución era dejar pasar el tiempo hasta que asumieras que pasarías toda tu vida en una silla de ruedas.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque estabas equivocada a los diecisiete años, y vuelves a estarlo ahora. Llevas toda tu vida luchando y eres la persona más valiente que conozco. Busca la solución a esto, Emily. La solución a algo nunca es resignarse.

VII

A Lisa se le desencajó la mandíbula cuando regresó de clase y encontró a Emily vestida, peinada y maquillada. Solo había pasado una semana, pero casi se había olvidado de lo que era verla sin aquel horrible pijama de ositos.

—¿A dónde vas?

—Estaré todo el día fuera. Tengo un par de cosas que solucionar.

||

Parker se estremeció cuando oyó el timbre de su apartamento. Rogó al cielo que no fuera ninguno de sus hermanos quien estuviera detrás de la puerta. Después de una conversación aparentemente inofensiva con Katie, en la que ella había acabado diciéndole que se estaba pensando si llamarle *papá*, habría cedido a cualquier petición de aquella mocosa de casi seis años que le había robado el corazón casi tanto como su madre. Y la petición de Katie había sido colorearle con rotuladores los tatuajes de sus brazos. Por supuesto, porque era una niña de cinco años y porque Parker no era un hombre afortunado, Katie había elegido el rosa para desarrollar la mayor parte de su vena creativa.

En el momento en que la dejó jugando en su cuarto y abrió la puerta, el miedo, la vergüenza y el dolor se apropiaron de él. El pasado se había materializado en el rellano de su edificio de tres plantas.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Emily. Toda la conversación que había reproducido en su mente durante el día se diluyó como un azucarillo en agua hirviendo.

—Sí. Claro que sí. ¿Quieres pasar?

—Si no te importa...

—Disculpa el desorden. Tengo una niña pequeña... —Parker empezó a amontonar los juguetes de Katie en un rincón del salón, mientras deslizaba el *piercing* de su labio entre los dientes, delatando el estado de nervios en el que

se encontraba—. Perdona, siéntate. ¿Quieres beber algo?

—¿Estás solo?

—Katie está jugando en su cuarto y... —Amy entró en ese momento en el salón, y la confusión se reflejó en su cara—. Esta es mi mujer, Amy. Amy, ella es...

—Soy Emily. —Le estrechó la mano a la chica rubia que acababa de entrar en el salón. Parecía muy joven, aunque Emily no tenía en ese momento ni el tiempo ni las fuerzas suficientes para hacerse una composición de lugar sobre la extraña familia que formaban. Se dirigió a Parker—. ¿Ella sabe...

—Sí. Lo sabe todo. Emily es la chica a la que atropellé cuando tenía dieciséis años —le aclaró a Amy, cuya cara no reflejó ninguno de los sentimientos que la atravesaban. Ni la extrañeza por la presencia de aquella chica en su casa, ni la solidaridad con ella por lo que Parker había provocado, ni el instinto de protección que, sin dudar, sacaría a relucir si Emily dañaba al amor de su vida.

—Hola, Emily.

—Os preguntaréis qué estoy haciendo aquí... Amy, no sé si Parker te lo contó, pero las Navidades del año pasado, él vino a visitarme en Phoenix.

—Sí, lo sé.

—Parker, cuando viniste a mi casa, tenía un día muy malo. Nunca es fácil para mí volver a Arizona. Allí ocurrió todo, y es donde estuve más tiempo hospitalizada. Yo, en realidad, vivo en Boston. Bueno, ahora vivo aquí, en Nueva York, porque estudio en Columbia. Pero he vivido siempre con mi padre en Boston; es mi madre quien vive en Phoenix, y me resulta muy incómodo estar allí. La actitud de mi madre tampoco ayuda. A veces, se echa a llorar simplemente con mirarme. —Emily vio cómo Parker desviaba la mirada hacia la ventana del salón, con la culpabilidad pintada en el rostro—. La mañana que viniste a verme, había discutido con ella. Se había enfadado conmigo por hacer demasiados ejercicios, siempre tiene miedo a que me haga daño. No consigo hacer que entienda que sin los ejercicios de rehabilitación, estaría postrada en una cama. Nos habíamos peleado, y entonces llegaste tú, y te llevaste la peor parte.

—Emily... Nada de lo que me dijiste fue excesivo. Todo está justificado, lo que hice... Lo que yo... —Parker tragó saliva con fuerza para evitar las lágrimas.

—Lo que hiciste fue una mierda. —Emily cortó sus titubeos de forma

tajante—. Eras un niño irresponsable y cometiste un error que tuvo unas consecuencias horribles. Y yo era una niña de catorce años que solo soñaba con bailar y que tardó años en poder aguantarse de pie por sí misma.

—Lo siento. —Parker bajó la cabeza, y sintió la mano cálida y el beso suave de Amy sobre su hombro.

—No. Lo siento yo. —Parker y Amy levantaron la cabeza, con la incredulidad reflejada en sus caras—. Aquella mañana te dije que me habías jodido la vida, y no es verdad. Me jodiste las piernas, pero no la vida.

—De todos modos, lo siento muchísimo. Puede que nunca sepas cuánto.

—Me lo puedo imaginar. —Emily sonrió, en una mueca a medio camino entre la empatía y la amargura—. Durante mucho tiempo, me imaginé que eras un cabrón despiadado. El típico niño rico que hizo lo que le dio la gana y al que no le importaron las consecuencias porque, al fin y al cabo, su padre pagó para que no las hubiera.

—Yo no intervine en nada de lo que hizo mi padre. Era un crío, me limité a encerrarme en mi cuarto a llorar y ni siquiera sabía lo que estaba pasando a mi alrededor.

—Me sentí culpable después de aquella mañana en que viniste a verme, ¿sabes? Mi amiga Lisa me decía que estaba loca, pero yo no me sentía cómoda con mi manera de tratarte. Te dejé entrever que era una víctima, una pobre chica con su vida jodida. Y nada más lejos de la realidad. En cuanto pude volver al instituto, estudié como una auténtica loca, dediqué a la rehabilitación más horas de las que te puedas imaginar, recuperé a mis amigas y no volví a llorar por el sueño perdido de ser bailarina. Saqué las mejores notas de mi instituto y recibí cartas de admisión de las diez mejores universidades del país. Me decidí por Columbia porque quería vivir en Nueva York. Llevo aquí solo cinco meses y creo que conozco ya cada rincón de la ciudad. He sacado unas notas fantásticas en el primer semestre, me paso más de dos horas cada día en el gimnasio fortaleciendo las piernas y, a veces, hasta doy largas caminatas por Central Park. Y, si al llegar a casa, me duelen las piernas, me tomo un calmante y no dedico ni un segundo a compadecerme de mí misma.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —le preguntó Amy, sirviendo tres vasos de té helado. Emily agradeció el suyo con un gesto de asentimiento, le dio un buen trago y respondió.

—Porque soy feliz. Tengo todo aquello con lo que hace poco tiempo no

podía ni permitirme soñar. A vosotros os puede parecer que mi movilidad es limitada, pero he llegado sola desde Columbia hasta aquí, y hace dos años no podía llegar sola desde la cama al cuarto de baño. Necesitaba hacerte saber que no tienes por qué sentirte culpable. Todo aquello... ya pasó.

—Gracias. Emily, yo... No te puedes ni imaginar lo que significa para mí lo que acabas de decir. —A Parker se le quebró la voz, y cambió de tema—. ¿Puedo preguntarte cómo me has encontrado?

—Me enteré de que tu hermano Preston es profesor en mi facultad. Le expliqué quién era yo, y me dio vuestra dirección.

—Te has tomado muchas molestias. Si hay alguna cosa que podamos hacer por ti...

—Oh, sí, por supuesto que la hay —respondió, burlona.

—Pues tú dirás. —Parker no tenía muy claro si aquella chica estaba en sus cabales, pero el peso que le había quitado de los hombros era tan fuerte que, en realidad, le daba igual.

—¿Tenéis coche?

—Sí —balbuceó Amy—. Es un trasto viejo, pero funciona. ¿Por qué?

—Porque necesito que me acerquéis al SoHo.

||

Emily se subió al coche con Parker y dejó que el silencio se impusiera entre ellos mientras recorrían la duodécima avenida en dirección sur. Se sentía en paz. Podría haberse quedado el resto de su vida anclada en sus prejuicios, en el dolor y en el rencor, pero solo se habría hecho daño a sí misma.

—¿Quieres que te deje en algún sitio en concreto? —preguntó Parker, todavía incrédulo ante lo surrealista de toda la situación.

—Sí. Supongo que conoces la dirección de tu hermano.

—¿Preston?

—No, hombre, no. —Emily puso los ojos en blanco—. Tu hermano Travis.

—¿Conoces a Travis?

—Parker, estoy enamorada de tu hermano Travis y pienso hacer cualquier cosa que esté en mi mano para recuperarlo.

—¿Tú... tú eres la chica de Travis?

—Eso espero. Como te haya hablado de otra chica, las cosas van a ponerse muy feas.

—Travis está hecho una mierda, Emily. ¿Qué pasó? ¿Rompisteis por mí?

—Estuvimos juntos tan poco tiempo que no sé ni si se le puede llamar *romper*. Pero sí. Descubrimos quiénes éramos demasiado tarde.

—Lo siento.

—Deja de pedir disculpas. Fue una suerte descubrirlo tan tarde. Si lo hubiera sabido cuando lo conocí, nunca me habría permitido enamorarme de él y, ¿sabes?, enamorarme de él es la jodida mejor cosa que me ha pasado en la vida.

—Emily... —Parker paró el coche en la esquina del edificio de su hermano, provocando los bocinazos de un enjambre de taxis amarillos—. No creo que haya mucha gente capaz de hacer lo que tú has hecho hoy. Ojalá lo arregléis. Ojalá lleguemos a conocernos mejor.

—Ojalá —le respondió ella con una sonrisa—. Deséame suerte.

—Claro.

—Parker... —lo llamó a través de la ventanilla, cuando él se preparaba para arrancar el coche—. Tienes una bonita familia. Me alegro mucho.

Parker se marchó sonriendo emocionado, y Emily se enfrentó al timbre de la casa de Travis. La suerte estaba echada.

VIII

—¿Emily? —preguntó Travis, sorprendido, cuando abrió la puerta de su apartamento y su mejor sueño se hizo tangible a tres pasos de él.

—Hola, Travis. ¿Puedo pasar?

—¡Claro! Pasa, ponte cómoda. ¿Quieres tomar algo?

—Lo más fuerte que tengas.

—¿Whisky está bien?

—Está perfecto. Tienes el piso hecho una mierda, ¿no? —Se rio Emily, echando un vistazo al caos que reinaba en aquellos apenas veinte metros cuadrados.

—No he tenido demasiadas ganas de limpiar ni ordenar. —Respiró hondo y tardó unos segundos en expulsar el aire retenido—. ¿Podemos hablar?

—A eso he venido.

—A mí, solo con tenerte aquí, ya me has hecho feliz para una temporada —le dijo Travis, con sinceridad, mientras le pasaba un vaso bajo y se servía otro para él.

—Hoy he conocido a tus hermanos, Preston y Parker.

—¿Cómo dices? —La cara de Travis reflejó solo un pequeño porcentaje de la estupefacción que sentía.

—Sí. Necesitaba hacerlo. Localicé a Preston en el directorio del campus y fui a hablar con él. Estaba al tanto de nuestra situación, así que acabé limitándome a pedirle la dirección de Parker. Y me fui a Harlem a verlo.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Travis, prudente.

—No lo he asesinado y ocultado su cadáver en el maletero, si eso es lo que te preocupa. —Emily le sonrió, y Travis se permitió perderse en esa sonrisa antes de continuar con la conversación.

—Quizá deberías haberlo hecho.

—No. Fui a pedirle disculpas.

—¿Disculpas? ¿Tú a él?

—¿Parker os contó que me hizo una visita en Phoenix hace algo más de un año?

—No. No sabía nada de eso.

—Lo hizo. Se presentó en casa de mi madre a pedir disculpas. Un poco tarde, sí. Habían pasado seis años. El caso es que lo traté fatal, lo insulté, le dije que me había jodido la vida, y él aguantó el chaparrón. Lo vi echarse a llorar antes de arrancar el coche.

—No tenía ni idea de nada de esto. Parker ha tenido un carácter difícil desde el accidente. Al menos hasta que conoció a Amy. Si se lo llegó a contar a alguien, que lo dudo, sería a Mark. Siempre estuvo más unido a él que a Preston y a mí.

—Algo se me rompió por dentro cuando lo vi llorar. Le había hecho daño a propósito, y eso es algo que yo nunca había hecho con nadie en toda mi vida. Y le mentí. Te digo lo mismo que le he dicho a él hace un rato. Parker no me jodió la vida. Me la complicó, y por momentos fue muy difícil seguir adelante, pero no me la jodió.

—Me alegra oír eso. —Travis abordó la pregunta más difícil—. Una vez me dijiste que recordabas todo del accidente. ¿Me lo quieres contar?

—Esa historia tú ya la sabes, ¿no?

—Sé que mi hermano Parker bebió y fumó marihuana, sé que se saltó un paso de peatones y que atropelló a una chica. Sé que mi hermano Preston salía de casa de una novia allí cerca y lo presencié casi todo. Sé que mi madre lloró mucho y que ni Mark ni yo conseguíamos que nos contaran nada de lo ocurrido. Y sé que mi padre pagó medio millón de dólares para que Parker saliera impune de todo. Pero lo único que me importa es lo que no sé. Quiero saber cómo lo viviste tú.

—Durante meses me atormenté pensando si podría haber reaccionado mejor. Rodar por la carretera, saltar, echarme a un lado... Ahora entiendo que no habría podido hacer nada por evitar el golpe. Recuerdo un dolor tan fuerte que aún hoy no comprendo cómo sobreviví o cómo no me quede inconsciente. Pensaba que tenía las piernas en llamas, estaba convencida de que me estaba quemando viva. Pero no. Era solo dolor. —Emily se encogió de hombros. Hablaba con un ritmo pausado. Sin darse apenas cuenta, acomodó su espalda contra el pecho de Travis y dejó que él abarcara su cintura con sus fuertes brazos—. La ambulancia tardó una eternidad en llegar.

Quizá no en tiempo real, pero sí en mi cabeza. Todos mis recuerdos a partir de ahí están confusos. Sé que, en el hospital, mi cabeza estaba como en pausa, mientras que el resto de la gente parecía acelerada. En algún momento, aparecieron mi madre y mi padrastro, y, unas horas después, llegó mi padre. No recuerdo casi nada de aquello, solo sentía dolor, dolor físico. Daba igual cuántos calmantes me dieran, daba igual todo... Yo me moría del dolor. Supongo que fue una suerte. El sufrimiento me impidió pensar en lo que se me venía encima.

—¿Cuándo supiste que...

—...que estaba realmente jodida?

—Sí. —Travis le regaló una sonrisa abierta. Adoraba a esa chica.

—Cuando desperté de la primera operación, en la uci, mi padre estaba allí. Abrí un ojo antes de que él se diera cuenta y vi su cara. Estaba destrozado. Cuando se acercó, solo le pregunté si aún tenía piernas. Me sonrió y me dijo que sí, pero que las cosas no iban a ser fáciles.

—Y no lo fueron.

—No. Pasé muchos meses hundida. Más de dos años. Solo Lisa conseguía animarme un poco. Hasta que un día, me cambió por completo la forma de ver lo que me había pasado. Ocurrió algo que me hizo despertar del letargo mucho más que mis progresos o que el optimismo de mi padre y de Lisa.

—¿Qué fue?

—Cuando empezaba a recuperar algo de movilidad, tenía unos calambres espantosos en las piernas. A veces me mantenían despierta toda la noche. No me quejaba. La fisioterapeuta me había dejado claro que eso era señal de que en algún momento mis piernas volverían a funcionar. Una de esas noches en que no podía dormir, escuché a mi padre hablar con un amigo suyo que había venido a cenar. Le contaba la historia de mi accidente, y le oí decir que, cuando mi madre lo llamó para contarle lo que había pasado, le dijo que hiciera lo que fuera por llegar cuanto antes a Phoenix si quería despedirse de mí, que los médicos tenían muy pocas esperanzas de que sobreviviera porque había perdido mucha sangre.

—Dios mío...

—Sí. —Emily se estremeció—. Te pareceré una estúpida, pero nunca me lo había planteado. Pensaba en si volvería a caminar, en lo triste que estaba por no poder volver a bailar, en cómo sería mi vida en una silla de

ruedas o, ya más tarde, en cómo me desenvolvería por mí misma si lograba caminar con las muletas. Pero, jamás, en ningún momento, me planteé que podría haber muerto. Así que cuando lo escuché de boca de mi padre... algo cambió.

—¿El qué?

—Pues que empezaron a no importarme las secuelas. Es un poco contradictorio, porque trabajaba más duro que nunca en la rehabilitación. Al fin veía progresos, y eso me motivaba. Pero, en realidad, estaba muy decidida a ser feliz incluso aunque no consiguiera avanzar más. Sería feliz en la silla de ruedas o coja o como fuera. Sería feliz porque tenía que serlo. Estaba viva.

—Cuanto más te conozco, más convencido estoy de que no merecería la pena vivir en un mundo en el que tú no estuvieras. Tú piensas así, y yo soy un gilipollas que se sintió viejo en su último cumpleaños.

—¿Sabes? Mañana es mi cumpleaños. Cumpló veintidós.

—No lo sabía. No te he comprado nada. Lo siento —Travis le regaló una mueca de burlona inocencia.

—No he venido aquí buscando un regalo.

—¿Y a qué has venido, entonces?

—He venido a hablarte de mis últimos cumpleaños.

—Tú dirás. —Travis, como de costumbre, no entendía nada. Pero Emily solía sorprenderlo para bien, así que la dejó hablar.

—El día que cumplí catorce años, mi profesora de ballet le sugirió a mi madre que intensificaran mis clases porque tenía opciones de convertirme en bailarina profesional. No fue demasiado visionaria, porque el día que cumplí quince, tuve que aguantar que mis padres llenaran de globos la habitación del hospital de Phoenix en el que llevaba tres meses ingresada.

—Presiento que no te gustó demasiado.

—No me gustó nada. —Emily le sonrió—. Me puse histérica y les exigí que me dieran información sobre mi estado. No más noticias edulcoradas, sino la verdad. Mi madre lloró tanto que la hice salir de la habitación. Fue mi padre quien me dijo lo que sabían en aquel momento. Que ningún médico tenía esperanza alguna de que volviera a caminar. Llevaba ya seis o siete operaciones, y no había apenas mejoría.

—¿Y cuando cumpliste dieciséis?

—Los dieciséis los cumplí en un hospital de Boston, con más de cuarenta de fiebre y con los médicos decidiendo si me amputaban la pierna

izquierda. —Travis se movió para mirarla a los ojos, conmocionado—. Una infección en uno de los clavos. Mi padre se negó. Les dijo que estaba en contacto con médicos de todo el país y que él confiaba en mi recuperación. No te asustes, —le sonrió a Travis—, ese es el peor de todos. Los diecisiete fueron más graciosos. Había vuelto al instituto, en silla de ruedas, claro, y siempre me dolían los brazos. Así que a mi madre no se le ocurrió un regalo de cumpleaños mejor que una silla de ruedas eléctrica. Mi padre la lanzó por la puerta de la cocina al jardín. La silla, no a mi madre. La obligó a devolverla porque él mantenía que la silla de ruedas manual me venía bien para fortalecer los brazos para cuando pudiera empezar con la rehabilitación para caminar. Creo que hasta yo pensaba que estaba loco.

—Cada vez tengo más ganas de conocer a tu padre. Debe de ser una persona peculiar.

—Es el mejor... El día que cumplí dieciocho años fue el primero en que me mantuve en pie sin ayuda después de tres años y medio. Llevaba unos meses trabajando con la fisioterapeuta que me cambió la vida, la única que estaba tan loca como mi padre. Siempre tuve mucho mejor la pierna derecha que la izquierda, así que podía apoyarme un poco en ella para empezar la rehabilitación. Un año después, al cumplir diecinueve, ya caminaba con muletas. Al principio, era todo un logro conseguir ir sola al cuarto de baño, pero me hacía tan feliz que me daba igual quedarme exhausta por el esfuerzo. Cuando cumplí veinte, ya conseguía a veces moverme solo con una muleta.

—¿Y tu último cumpleaños?

—El día que cumplí veintiuno, le dije a mi padre que quería venir a estudiar a Nueva York, si me admitían en Columbia, lo cual tenía prácticamente garantizado. Mi padre estaba obsesionado con que fuera a Harvard, pero por más que hablara de su escuela de Leyes, yo sabía que, en el fondo, le daba pavor que me viniera aquí sola. Así que acepté vivir con Lisa, lo cual nos apetecía muchísimo a las dos, en lugar de en alguna residencia del campus. En aquel momento, ya me movía siempre con una sola muleta, casi como ahora.

—¿No has progresado en este último año?

—Oh, sí. He progresado muchísimo. He hecho el gran progreso de mi vida. Estoy en un punto en el que jamás soñé estar cuando cumplí los quince, los dieciocho o los veinte.

—Como viene siendo habitual en mí, —Travis sonrió con timidez—, no

entiendo una palabra de lo que dices.

—Mi pierna no ha avanzado casi nada. Es muy probable que esta sea la situación permanente. Pero la vida me ha cambiado, Travis, porque me he enamorado. Y creo que incluso he conseguido que alguien se enamore de mí. Durante siete años, no paré de trabajar para dejar de sentir dolor en las piernas. Y lo conseguí. Pero llevo diez días intentando dejar de sentir dolor aquí dentro. —Emily se llevó las dos manos al lado izquierdo de su pecho—. Y creo que eso es algo que solo tú puedes solucionar.

—Emily...

—Travis, si estás dispuesto a intentarlo, yo...

—¿A intentarlo? ¡Estoy dispuesto a quererte el resto de mi vida! No lo dije a la ligera el otro día. Te quiero, Emily. Te quiero más de lo que imaginaba. Te quiero más cada vez que te miro, y te quiero aún más cada vez que me cuentas algo sobre ti. Estoy dispuesto a bastante más que a intentarlo.

Emily sonrió, más feliz de lo que recordaba haberse sentido nunca. Travis la besó con ímpetu, reflejando en cada gesto la ansiedad de los últimos diez días. Siguió besándola cuando ya no había ropa interponiéndose entre ellos y seguiría haciéndolo mientras le quedara un mínimo de aliento.

Epílogo

Preston se encontró con Parker, Amy y Katie en el ascensor del edificio en el que Travis los había citado. Era un bloque de cuatro plantas en Hell's Kitchen[5], en la esquina de la décima avenida con la calle 47. La primavera había decidido hacer acto de presencia anticipado en Manhattan, y una tenue luz se filtraba a través de los grandes ventanales industriales del rellano de la tercera planta.

—¿Sabéis de qué va todo esto? —les preguntó justo en el momento en que tocaron el timbre.

—Ni idea. Lleva tres semanas dándome esquinazo. Intenté saber en qué había quedado el asunto de Emily, pero solo me ha dicho que están bien —respondió Parker, justo en el momento en que se abría la puerta.

—¡Bienvenidos! —los saludó Travis con una sonrisa de oreja a oreja. Besó brevemente a Amy en la mejilla, antes de indicarles a todos que lo siguieran al interior del piso.

—¿Te has mudado aquí?

—¡Hola, chicos! —Emily apareció detrás de Travis, y él le echó un brazo sobre los hombros, estrechándola contra él.

—Creo que ya todos conocéis a Emily.

—Yo, no —protestó Katie, adelantando su pequeña mano hacia ella—. Soy Katie.

—Hola, Katie. Yo soy Emily —le respondió ella, agachándose con dificultad a su altura y sonriendo.

—¿Qué le pasa a tu pierna? —preguntó la niña, provocando el sonrojo de Amy.

—Me hice un poco de daño hace tiempo, pero no me duele nada —le explicó con naturalidad Emily.

—Vale. ¿Sabes jugar a las princesas?

—No. No sabe. Es muy tonta, Katie. Todos lo son, así que hoy no vamos a poder jugar a las princesas —interrumpió Parker, fingiendo cara de

fastidio ante la pequeña. Tenía que evitar que alguien le diera demasiadas confianzas o aquella reunión acabaría con todos portando una corona de falsos diamantes.

Seguían riendo cuando apareció en la sala Lisa, que también estaba invitada a aquella cena. Emily estuvo tentada a poner los ojos en blanco ante el aspecto que lucía. En su vida diaria, Lisa no hacía ningún esfuerzo por ser la preciosa chica que Emily conocía desde el jardín de infancia. Pero cuando acudía a alguna reunión social, especialmente si no conocía a los presentes, redoblaba sus esfuerzos por parecer poco atractiva. Con aquella sudadera cinco tallas más grande, la cinta elástica sobre su pelo corto y unas gafas que ya habían pasado de moda cuando ellas nacieron, sin duda había conseguido su objetivo. Emily tendría que volver a hablar con ella en cuanto terminara la vorágine de su mudanza con Travis. Se aproximaba lo que Lisa denominaba el *sermón semestral de Emily*.

—Hola a todos. Soy Lisa.

—Es mi mejor amiga y mi ya excompañera de piso. Estos son Parker, Amy, Katie y Preston.

—¿Excompañera? —preguntó Amy, al parecer la única de los presentes que había reparado en el detalle.

—Tenemos varias noticias que daros. —Sonrió Travis—. Ahí va la primera. Emily y yo hemos decidido vivir juntos.

—¡Enhorabuena! —dijo Amy, aplaudiendo en silencio y abrazando a su nueva cuñada.

—Joder, por un momento pensé que vosotros también habíais decidido casaros.

—Esa boca... —lo reprendió Parker, señalando con disimulo hacia Katie, y haciendo que Preston, de forma casi simultánea, le pusiera los ojos en blanco a él y esbozara un gesto de disculpa hacia Amy.

—Nada de bodas por el momento. Acabo de cumplir veintidós, a mis padres les daría un infarto.

—Lo de no casarse antes de los veinticinco quizá deberías explicárselo a Parker y Amy —se burló Preston.

—Parker y Amy hacen muy bien casándose —añadió Travis, dejando a todos sorprendidos. Sacó un sobre algo arrugado del bolsillo trasero de su pantalón vaquero—. Esto es para vosotros. Emily, ¿no querías que Katie fuera la primera en ver el piso?

Emily captó la indirecta y se llevó a la niña del comedor. Lisa las siguió por el pasillo que conducía a los dos dormitorios y el cuarto de baño. Los demás se quedaron en el espacioso salón comedor, comunicado con la cocina a través de una especie de ventana sobre una barra de desayuno. El piso contaba, además, con una terraza que era, en realidad, el rellano de la escalera de incendios del edificio, comunicada con el salón por un gran ventanal y con la cocina, a través de un pequeño tragaluz translúcido.

Parker y Amy abrieron intrigados el sobre que Travis les había entregado. Amy se llevó las manos a la boca, sorprendida y emocionada, y a Parker amenazaron con llenársele los ojos de unas lágrimas que no habría dudado en derramar si sus dos hermanos no estuvieran presentes.

—Llevo semanas tramitándolo. En cuanto os caséis, presentaré los papeles, y, aproximadamente seis meses después, Katie será a todos los efectos hija de Parker.

—Travis... —balbuceó Parker, abrazando con torpeza a su hermano.

—Muchísimas gracias, Travis. No sé ni qué decir —añadió Amy.

—No digáis nada. De hecho, aún no he acabado con las noticias. Me han ascendido. Por si os estabais preguntando cómo podía permitirme pagar este piso.

—¿Ascendido? ¡Pero si hace tres putos días que estás trabajando! —protestó Preston.

—Gracias por tu cálida enhorabuena, hermanito —ironizó Travis—. Resulta que ha entrado como cliente del despacho una empresa con la que, casualmente, trabajé el año pasado en Arizona. Ventajas de ser un niño de papá, ya veis.

—¿Y eso qué más da? Enhorabuena, Travis —lo felicitó Amy, ganándose una sonrisa radiante de su cuñado. Amy tenía muy claro que ninguno de los Sullivan podía competir con el hermano pequeño cubierto de tatuajes, pero, cuando los veía juntos, se hacía una idea bastante clara de los estragos que debían de haber causado en su adolescencia en Arizona.

—Gracias, Amy.

—Pues yo también tengo algunas noticias... —añadió Preston, frotándose la nuca—. Me han propuesto entrar en política, y... he aceptado. En unas semanas, empezaré la carrera para intentar ser el candidato republicano al Congreso por el estado de Nueva York.

—¡Joder! ¡Cuántas noticias! Felicidades, Preston —añadió Travis.

—Ya decía yo que hoy tenías un aspecto mucho menos *híster*. Vas a volver a convertirte en un doble de Travis, ¿no?

—Me temo que sí. —Preston sonrió a su hermano pequeño, tan diferente a ellos dos, pero tan parecido en realidad.

—Cielo, ¿le falta mucho a la cena? —le preguntó Travis a Emily cuando acabaron de burlarse de Preston. Ignoró las caras socarronas de sus hermanos por el apelativo cariñoso.

—¡Diez minutos! —gritaron Lisa y Emily al unísono desde la cocina.

—Travis, ¿se puede fumar en eso a lo que llamas terraza?

—No. Pero lo vas a hacer igual, así que te acompaño. Preston, ¿vienes?

—Claro. ¿Amy?

—Amy es una buena chica y lo ha dejado —les explicó Parker, mientras le sacaba la lengua a su novia.

—No me tentéis dos veces —protestó ella.

Pasaron por la cocina a rescatar tres latas de cerveza. Parker sonrió al ver a Katie sentada sobre la encimera con la cara embadurnada de harina, y le dio un suave beso en los labios a Amy, que había decidido en ese momento unirse al resto de las chicas. De vuelta al salón, se impulsaron en una silla para salir a la terraza por el amplio ventanal de hierro.

—Deberías dejar esa mierda —reprendió Travis a Parker, quien le puso los ojos en blanco mientras encendía su cigarrillo.

—Qué pesadilla ser el pequeño de cuatro hermanos. ¿El futuro congresista no tiene nada que añadir?

—No. De hecho, iba a pedirte uno.

—¡Por Dios! Pero si tú solo fumas cuando estás borracho —protestó, de nuevo, Travis.

—Estoy nervioso con lo de las elecciones —se excusó Preston—. Se me ha venido todo encima muy rápido. En una semana, me lo propusieron, acepté y ya estoy metido en el lío.

—Pues lo único que te falta es una foto en los periódicos con un pitillo en la mano. ¿Cómo piensas ocultar todas las barbaridades que has hecho estos años?

—Prefiero ni pensar en eso. Ya habrá tiempo. Y, hablando de barbaridades, ¿no podíais haber buscado una tía un poco más buena para que yo me emparejara esta noche?

—No seas cabrón, Preston. Lisa es como una hermana para Emily —lo

reprendió Travis.

—Pues será una hermana fantástica, pero es más fea que Nueva Jersey.

—Bonitas palabras para un futuro representante del estado de Nueva York —se burló Parker, tirando los restos de su cigarrillo a la lata de cerveza casi vacía.

Al otro lado del tragaluz, Lisa sonrió, satisfecha y nada acomplejada. Al único soltero de aquella cena, ella le parecía espantosa. Había conseguido su objetivo.

Abril Camino

Abril Camino nació en A Coruña en 1980. Su pasión por la literatura la llevó a licenciarse en Filología Hispánica e Inglesa, pero no fue suficiente para saciar su ansia por vivir historias ajenas. Devorar libros de forma incansable se convirtió en la mejor opción, pero un día descubrió que crear ella misma a los personajes y las tramas era aún más divertido. Desde entonces, vive pegada a las teclas de su portátil, dando forma a historias que, en muchas ocasiones, toman vida propia y le dan forma a ella.

En la primavera de 2015, publicó su primera novela *Pecado, penitencia y expiación*, una historia de amor y superación que se ha convertido en un éxito de ventas y crítica. *Parker y Amy: el pasado presente* fue su primera incursión tanto en el formato del relato como en el subgénero *new adult*. Con *Travis y Emily: el pasado imperfecto*, continúa la serie de los Hermanos Sullivan y sus aventuras en Nueva York.

www.abrilcamino.com

Facebook: [abrilcamino.official](https://www.facebook.com/abrilcamino.official)

Twitter: [@abrilcamino](https://twitter.com/abrilcamino)

Serie de los Hermanos Sullivan

		
<p>03 Preston y Lisa: el futuro presente</p> <p>A la venta el 12 de diciembre</p>		<p>04</p> <p>Próximamente...</p>

[1] Barrio de Manhattan, conocido popularmente por su ambiente bohemio. Su nombre proviene de *South of Houston Street* («al sur de la calle Houston»).

[2] En inglés, «pequeña Italia». Barrio del sur de Manhattan, tradicionalmente habitado por inmigrantes de origen italiano. Cada septiembre, se celebran en la zona las fiestas de San Gennaro, uno de los eventos más conocidos de la ciudad de Nueva York.

[3] Uno de los vinos italianos más prestigiosos y conocidos en todo el mundo.

[4] Dulce típico de Sicilia, consistente en un tubo de masa relleno de diferentes ingredientes mezclados con queso.

[5] Barrio de Manhattan, delimitado por el río Hudson y la Octava Avenida, y por las calles 34 y 59. En los últimos años, ha perdido su carácter tradicionalmente marginal.